

La Ilustración Artística

AÑO XII

← BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1893 →

NÚM. 590

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN PARÉS. - BARCELONA



EL BESO, cuadro de José Maria Tamburini



Texto. - *Unas cuantas honras animalescas*, por José María Sbarbi. - *Amores sentimentales*, por Luis Taboada. - *La moda*, por A. García Llansó. - *Diálogos matritenses. El café de la Universidad*, por A. Danvila Jaldero. - *Bocetos. Microbios*, por Juan O'Neill. - *Miscelánea con noticias de Bellas Artes, Teatros y Necrología.* - *Nuestros grabados.* - *Anie*, (continuación), novela original por Héctor Malot, con ilustraciones de Emilio Bayard, traducción de Antonio Sánchez Pérez. - *La cronofotografía.* Nuevo método para analizar el movimiento en las ciencias físicas y naturales (continuación). - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - Exposición París. Barcelona. - *El beso*, cuadro de José María Tamburini. - *Joven de la Selva Negra*, cuadro de C. Bantzer. - *El nido abandonado*, cuadro de W. Schereschewsky. - *¡No está mal!*, dibujo de A. Johnson. - Busto en bronce recientemente descubierto en Ampurias, visto de frente y de perfil, dos dibujos de J. Ferrer y Carreras. - *En el teatro*, cuadro de P. Naumann. - *Estudio*, grupo en yeso de Miguel Blay, premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892. - Figuras 27, 28 y 29. Tres grabados correspondientes á *La cronofotografía.* - *Miss Julia Neilson*, célebre actriz inglesa, en el papel de «Hypatia.»

UNAS CUANTAS HONRAS ANIMALESCAS

«Un lucero en la frente
tiene mi burra;
¡hasta los animales
tienen fortuna!»
(Cantar popular.)

No evocaremos ahora el recuerdo de los tiempos míticos ó fabulosos, al empezar á tratar del asunto que va á ocuparnos, porque siendo notorio á toda persona medianamente instruída que la casi totalidad de cada especie animal recibió culto particular en la sociedad pagana ó gentil, nos contemplamos dispensados de tener que escribir muchos volúmenes en que se hiciera constar las diversas circunstancias que concurrían en dichas apoteosis, á qué propósito se hacían y por cuáles y cuántas naciones.

Sin remontar tan lejos nuestro recuerdo, podemos fijar nuestra consideración en la época del establecimiento de la Ley de Gracia, y ver que el *asno*, con sus no pequeñas orejas, y el *buey*, con sus retorcidos cuernos, obtienen un puesto distinguido dentro del portal de Belén.

No hablemos ahora de los *camellos*, que merecieron ser portadores, en sus fuertes espinazos, de los magnates de la Arabia que ofrecieron respectivamente el tesoro de incienso, oro y mirra al Rey de reyes y Señor de los que dominan, recién nacido; ni del *gallo* de la Pasión; ni de aquel otro *gallo* que dió su denominación á un Santo Cristo que se venera en la catedral de Osma; ni de la *paloma*, que mereció ser escogida por símbolo del Espíritu Santo; ni de las *golondrinas*, que, según creencia del vulgo, arrancaron al Divino Salvador las espinas de la corona con que el pueblo deicida taladró sus sienes; ni tampoco del *papagayo* ó *cotorra*, retrato de no pocos charlatanes ó charlatanas; ni mucho menos del *mono*, personificación de más de cuatro individuos que por misericordia de Dios no andan en cuatro pies. No; nuestra consideración se fija ahora en dos animalitos solemnemente venerados, merced á las extravagantes prácticas caballerescas de la Edad media, á saber: un *carnero* y un *faisán*. Entremos ya en materia, mientras otros se van entreteniéndolo en meterle el diente á ese par de bocados apetitosos; pero aquí sí que necesitamos apelar antes al auxilio de la Mitología.

Cuenta la Fábula que hallándose Frixo con su hermana Hele en casa de su tío Creteo, rey de Jolcos, Demodice, su mujer, requirió de amores á Frixo; mas no dando él oídos á las pretensiones lascivas de tan infame y villana hembra, acusóla ésta de haber querido atentar á su honor. Como quiera sobrevino por aquella época una peste horrorosa que asoló todo aquel país, consultóse al oráculo, y éste respondió que tan luego como se inolase á los dioses las últimas personas de la Casa Real, quedarían aplacados y cesaría la calamidad. No hay para qué decir cómo este oráculo recaía muy especialmente sobre Frixo y Hele, con cual motivo fueron sentenciados á muerte; pero en el momento de ir á ser sacrificados, envolviólos una densa nube, de la cual salió un *carnero* que, arrebatando á ambos hermanos, se los llevó por los aires tomando la derrota del país de la Cólquida. Al atravesar el mar, hubo de asustarse Hele con el estruendo que metían las agitadas olas, por cual causa vino á caer, ahogándose en aquel paraje que fué conocido después con el nombre de *el Helesponto*; y

llegado que hubo Frixo á la Cólquida, sacrificó aquel *carnero* á Júpiter, arrancóle el vellocino ó *tusón*, que era de oro, y colgólo de un árbol que estaba plantado en cierta selva consagrada al dios Marte, poniéndole por custodia un *dragón* que se tragaba á cuantos osaban acercarse para descolgar y llevarse aquella rica presa. Agradecido Marte á semejante sacrificio, determinó que las personas en cuyo poder obrase en lo sucesivo aquel vellocino, viviesen en medio de la abundancia mientras lo conservasen, y declaró que todo el mundo tenía derecho á conquistar aquel tesoro. Sabido es que Jasón, acompañado de los Argonautas y ayudado de la maga Medea, llevó á cabo semejante empresa, y que el animalito que tan rica vestidura ostentaba fué puesto por presidente de los demás signos del Zodíaco, ó sease el denominado *Aries* entre los astrónomos. Todo esto llegó á merecer en el ciclo mítico la lana de un carnero adherida á su piel; pero no llegó á merecer menos del ciclo caballeresco, como pasamos á demostrarlo, si bien manifestando antes cómo los escritores no andan contestes acerca del origen de dicha fábula, pues mientras creen unos que el objeto de los Argonautas era extraer de la Cólquida los tesoros que Frixo llevara á aquella región, opinan otros que la idea del vellocino de oro surgió de la costumbre de recoger ese precioso metal, que abundaba en algunos torrentes de aquel país, por medio de zaleas ó pellejas de carnero, ó ya pretenden algunos que el intento de los descubridores de aquella comarca fué doblemente militar y mercantil, mientras juzga Varrón que semejante fábula debe su origen á un viaje que emprendieron unos cuantos griegos con el fin de pasar á recoger las preciosas lanas de la Cólquida y demás productos que llevaban á ella del interior del Asia, de la Persia y también de la India, ora valiéndose de caravanas, ora mediante una navegación interior tan beneficiosa á la sazón, como que aún no se había doblado el Cabo de Buena Esperanza. Sea de ello lo que quiera, vengamos ya á ver el nuevo ensalzamiento del *carnero*, con motivo de la creación de la orden del *Toisón de Oro*.

En efecto, habiendo casado en terceras nupcias Felipe II, cognominado *el Bueno*, duque de Borgoña y conde de Flandes, en la ciudad de Brujas á 10 de enero de 1429, con Isabel de Portugal, hija del rey de esta nación, quiso solemnizar tan fausto acontecimiento instituyendo con la mayor pompa, solemnidad y grandeza la susodicha insigne orden militar del *Toisón de Oro*, adoptando esta denominación en recuerdo de los heroicos conquistadores de la página mitológica referida, y como ejemplo vivo y eficaz del denuedo de que debían hallarse poseídos los individuos que en lo sucesivo pertenecieran á orden tan distinguida. No tardó en presentarse la ocasión en que así pudieran evidenciarlo, como lo patentizará el suceso siguiente, en el que figura asimismo otro animalito grandemente ensalzado: pertenece al ramo ornitológico, y se le conoce con el nombre de *faisán*.

Habría de recordar el lector cómo el 28 de mayo de 1453 fué un día tan fatal para la cristiandad, cuanto que en él perdió el desgraciado Constantino Paleólogo, último emperador cristiano del Oriente, la ciudad de Constantinopla, que tomó Mahomet II, estableciéndola desde entonces por sede del imperio otomano y provocando desde allí á todas las naciones cristianas de Europa. Recibió el duque por este tiempo un legado del papa Nicolao V, que deplorando las hostilidades y victorias por parte del turco, le pedía socorro, como al más poderoso duque de la cristiandad á la sazón, contra ese jurado enemigo de la Iglesia; á lo cual accedió inmediatamente, enviando cuatro galeras por principio de socorro, con promesa y deliberado ánimo de enviar mayor número á la brevedad posible. Ocurrió que por aquellos días vino el duque de Cleves á visitar á su tío Felipe *el Bueno*; y con este motivo y ser tiempo de Carnaval, dispusieron los príncipes y señores de la corte de Felipe que se hicieran por todos y cada uno de ellos varios festejos y convites, turnando según lo decidiera la suerte. Tocado que le hubo al duque la suya, aprestóse á desempeñar su compromiso de la manera siguiente: Empezó por preparar un banquete digno de su magnificencia, cuya dirección encargó á Messire Jean, señor de Lanoy y caballero del Toisón, muy práctico en esta clase de invenciones.

Como el duque había tomado á pechos la promesa dada por él al Papa, calculando el número y calidad de los personajes que habían de asistir á su festín, juzgó no podía presentarse ocasión más propicia para convocarlos y proponerles el acometimiento de empresa tan gloriosa; pero con el fin de no entibiar el regocijo propio de un festejo profano, anticipando un proyecto piadoso que, presentado áridamente y en toda su desnudez, podría ser tal vez calificado como fuera de sazón, dispuso que entre las diversas inven-

ciones y mascaradas que se habían de representar en el salón del festín, fuese una la de un gigantón que entró vestido á la usanza turca, conductor de un elefante que ostentaba en sus anchurosos lomos un castillo, dentro del cual iba encerrada una dama, modestamente vestida, que representaba á la Iglesia; valiéndose de esta artificiosa apariencia para exhortar á los magnates que concurrían al acto á que, compadecidos de la tirana opresión que padecía aquella dama, no tardasen en rescatarla. Llegado que hubo ésta cerca de los convidados prorumpió en una oración poética, en la cual puso de manifiesto las conquistas de los enemigos de la Fe y cuánto iban preponderando de día en día con los despojos que arrebataban á los príncipes cristianos en menosprecio de la religión del Crucificado, dando fin á su peroración con retraer á la memoria del duque los gloriosos hechos de sus antepasados y muy especialmente contra la media luna.

Ya hemos visto lo honrado que estuvo el *camello* al pisar las alfombras de un potentado tan egregio como el de que venimos tratando; pero esto es nada en comparación de lo que nos espera. En efecto, preséntase de allí á poco en el salón el rey de armas de la orden del Toisón, acompañado de muchos oficiales y de dos damas, con un *faisán* vivo y ricamente adornado; y parándose ante el duque, le dice con toda solemnidad:

- Poderoso príncipe; pues es loable costumbre, y siempre lo fué, que en los grandes concursos y festines se presente á los magnates y poderosos el *pavo real* ó algún otro pájaro extraordinario, con el objeto de votar en presencia de él algún hecho heroico, y os nuestro este *faisán*, no sin misterio, y os suplico juntamente con estas dos damas que nos hagáis la merced de no olvidaros de él.

A lo que respondió el duque:

- Hago voto primeramente á Dios mi criador y á la gloriosa Virgen María, su santísima Madre, y después *doy palabra* á las señoras y al *faisán* (!), que si el designio del cristianísimo y muy victorioso príncipe Monseñor el Rey es el de establecer una Cruzada, exponer su vida por la defensa de la santa Fe y oponerse á la perjudicial empresa del Gran Turco y de los infieles, hago pleito homenaje de sacrificar mi vida, servirle con mi persona y asistirle con todo mi poder en este santo viaje lo mejor que Dios me dé á entender ayudándome con su divina gracia.

Siguieron á estas protestaciones del duque otras muchas por su parte, así como por la de los caballeros concurrentes y aun algunos ausentes, enderezadas todas ellas al mismo fin; por lo que no podemos menos de admirar, como ya lo insinuamos arriba, el que un pajarraco (siquiera fuese el *ave Fénix*, no que un *faisán*) pudiera llegar á ser materia hábil para celebrar un contrato solemne, aunque verbal, no ya con todo un duque de Borgoña, pero ni aun con la Giralda de Sevilla. ¡Bien es verdad que no faltan pajarracos de otra especie en el mundo, que, ora como agentes, ora como testigos, se olvidan muy fácilmente de cumplir un compromiso adquirido!

Y ¿qué diremos ahora de los irracionales que se ven condecorados con la honra de figurar en los escudos de las principales poblaciones y familias?.. En esta materia se puede asegurar que raro es el animalucho que se sustrae á la pintura del blasón, sin ser excluídos de tamaña honra aun los más inmundos; así es que caballos, asnos, águilas, cerdos, lobos, zorras, ballenas, osos, conejos, liebres, elefantes, gallos, ciervos, serpientes, gorriones, camellos, tábanos, caracoles, sapos, etc., etc., etc., y en ocasiones, no así como quiera, sino hasta ciñendo corona. Pero ¿qué mucho cuando algunos merecen subir á los altares, tales como el *perro* de San Roque, el *cerdo* de San Antón, el *cuervo* de San Pablo y varios otros? Convengamos, pues, en que hay animales á quienes se ha tributado y tributa aún en nuestros días crecido cúmulo de honras y distinciones; pero convengamos también en que ninguno ha llegado á alcanzar tantas como el *asno*. No se nos oculta que muchos de aquéllos sirvieron de tema á graves autores, tanto antiguos cuanto modernos, para escribir sendos poemas, tales como la *Batracomiomaquia*, de Homero; la *Elegía de la pulga*, de D. Diego Hurtado de Mendoza; la *Mosquea*, de Villaviciosa; la *Gatomaquia*, de Lope de Vega; el *Murciélagos alevoso*, de Fr. Diego González, etc.; pero también sabemos que ese «animal cuadrúpedo bien conocido, (entre los cuales) los hay domésticos y salvajes,» como lo definió la Academia Española en las cuatro primeras ediciones de su Diccionario, mereció que le dedicaran multitud de escritos en todos tiempos, ya en prosa, ya en verso, y en distintas lenguas; siendo tan crecido el número de dichos tratados que, empezando por el *Asno de oro*, de Apuleyo, continuando por la *Alabanza del asno*, de Pero Mejía, y siguiendo por la *Apología del asno* y el *Elogio del rebuzno*, de Pérez Ramajo, hasta nuestros días, ya se

podría formar una biblioteca asnal capaz de causar envidia á los animales más en-copetados del mundo.

Y no es esto todo, porque, á la verdad, no tenemos conocimiento de que ninguna especie de animales hayan formado academia alguna, como no sea la asinina. En efecto, hubimos de deber semejante noticia á nuestro paisano el ilustre militar y célebre erudito D. José de Cadahalso, quien, transformando su nombre, seguramente por modestia, enriqueció la literatura española con las Memorias de la Insigne Academia Asnal, que publicó por segunda vez en Pamplona á fines del siglo próximo pasado: ¡digna producción del autor de Los eruditos á la violeta y de las Cartas marruecas! Como el libro se ha hecho sumamente raro, y tanto, que ni aun figura en la rica y selecta librería que fué de Salvá, y como, por otra parte, no podríamos terminar de mejor manera este nuestro artículo que autorizándolo con el respetable testimonio de tan chistoso como fecundo escritor, vamos á copiar aquí, por conclusión y remate del presente trabajo, el siguiente retrato que obra en la Memoria VII, pág. 54 de la citada edición. Dice así:

«El Doctor Molienda. Gobiernan por este académico sus obras y tareas los chocolateros; pero no es por esta razón, que nuestra Incansable Academia lo recibió por miembro de ella. Su mérito principal era el moler y machacar en una misma cosa: dale que dale, siempre iba á su tema. Molino de palabras, y siempre las mismas, agobiaba, molía y machacaba con la misma canción á los oyentes: eterno hablador, por quien dijo el presidente de la Asamblea el día de su admisión:



JOVEN DE LA SELVA NEGRA, cuadro de C. Bantzer

Es el Doctor Molienda ilustre socio (cuya lengua jamás estuvo en ocio); es muy franco en decir, es un continuo movimiento de lengua; es un hombre nombrado, por hablar, en todo el mundo, y lo que tiene de nominativo, todito se lo debe al ablativo. En la casa en que vive, vive solo, por hablárselo todo, y aun no quiere tener retratos de los parecidos, de aquellos, cuyo extremo celebrando, se les suele decir que están hablando. Con su sombra platica muchas veces, y es en el discurso tan prolijo, que la sombra, de oírle ya cansada, más que de ella, de él queda asombrada. Está en sueños, mientras duerme hablando; y así el sueño más grande y más profundo, si á esta operación suya se advierte, pierde en él ser la imagen de la muerte; pues la sombra mortal que en él recibe, en la parte de hablar se ve que vive.

JOSÉ MARÍA SBARBI

AMORES SENTIMENTALES

La conocí en los baños de Caldela con su mamá, que era una señora regordeta, colorada y coja.

Su hija, la espiritual Gertrudis, se pasaba el día encerrada en su habitación, componiendo versos incandescentes ó bien tarareando romanzas húmedas.

La mamá me decía muchas veces:

— Mi niña es un manojito de nervios: una criatura sensible, dotada de una imaginación calenturienta... Casi todos los de la familia somos así. Mi esposo, que en paz descansa, me hizo pasar grandes disgustos con sus celos. Una noche, creyéndose engañado por mí, quiso arrojar-se por una ventana y entre la doméstica y yo tuvimos que echarle una enagua mía por la cabeza para evitar su suicidio.



EL NIDO ABANDONADO, cuadro de W. Schereschewski

Gertrudis era, en efecto, un ser impresionable y nervioso; una poetisa tierna que acababa de escribir unos versos y rompía á llorar, como si le doliese el estómago, ó bien hundía la frente entre las manos y gemía silenciosamente. Yo la vi y la amé. ¿Para qué he de decir otra cosa?

Una noche, á orillas del caudaloso Miño, le pinté mi pasión volcánica, y ella, ¡oh dicha!, correspondió á mis impresiones jurándome que me amaba también.

Doña Catana, la mamá, sorprendió nuestros amores y me dijo:

— Joven, usted ha logrado poseer el corazón de mi Gertrudis; ámela usted mucho, que es digna de ser feliz.

Yo la amaba como un insensato, la verdad sea dicha; pero pronto comenzaron para mí las amarguras. Gertrudis me obligaba á vivir en constante contemplación de su belleza; yo no podía reír, ni fumar, ni acercarme á ninguna mujer por fea que fuese. Si me separaba de Gertrudis, aunque á ello me obligase una necesidad apremiantísima, ella lanzaba una carcajada histérica y caía al suelo, víctima de una convulsión nerviosa, murmurando: «¡No me ama, no me ama!»

Entonces yo tenía que volar en su socorro, coger entre las mías sus manos de nieve y deslizar en su oído estas ó parecidas frases:

— Gertrudis mía; soy yo, soy tu amante que te adora.

— Vuelve en sí, le decía su mamá.

Por toda respuesta Gertrudis, abriendo los ojos, paseaba su mirada insegura por los ámbitos de la habitación y preguntaba tristemente:

— ¿Dónde estoy?

¡Era mucha Gertrudis aquella! Puede decirse que se alimentaba con los efluvios amorosos de mi pasión; porque comer, apenas comía. La carne le inspiraba un odio profundo — decía ella, — la patata le producía vértigos horribles y el arroz excitaba su sistema nervioso. Con lo único que transigía era con el huevo pasado por agua ó el nítido *chantilly* ó la espiritual croqueta.

— Come, hija mía, murmuraba su mamá cuando estábamos en la mesa de la fonda.

— Es inútil, respondía la niña, y clavaba sus ojos en mí, como diciéndome:

— Teniendo tu amor, ¿qué falta me hacen los comestibles?

Nuestra tranquilidad amorosa duraba poco. A cada caso surgía en el cielo de nuestra ventura alguna nube negra y se desencadenaba la tempestad con todos sus horrores. Los celos se cebaban en aquella naturaleza sensible. Tenía celos de todo el mundo: de las bañistas, de las criadas, de la sobrina del médico, que parecía una perra de lanas, y de un teniente de carabineros, que buscaba mi compañía para hablarme de su postergación en la carrera y de un bulto que le había salido en una pantorrilla.

Yo trataba de tranquilizar aquel temperamento irritable, pero Gertrudis no me oía y las convulsiones nerviosas menudeaban que era una bendición.

Cierta tarde de agosto hallábame yo en mi alcoba entretenido en descifrar una charada. Gertrudis se había acostado, víctima de una horrible jaqueca, y yo aprovechaba aquella ocasión para entregarme á mi recreo favorito. De pronto sonaron dos golpecitos en la puerta de mi cuarto.

— Adelante, dije yo, sin moverme del asiento.

— ¿Se puede?, preguntó una voz dulce.

— Pase usted.

La que así turbaba mi reposo era doña Aquilina, la esposa del teniente de carabineros, que me preguntó con amabilidad exquisita:

— ¿Tiene usted por casualidad un poco de cerato simple?

— No, señora, dije yo con extrañeza.

— Podía usted tenerlo, porque hay personas muy precavidas. El cerato nunca está de más en una casa. Es para mi esposo, que siente incomodidad en el bulto de la pantorrilla...

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció en la puerta de la alcoba la figura de Gertrudis. Venía pálida, desgreñada, con los ojos fuera de las órbitas y el labio trémulo.

— ¡Infames!, gritó fuera de sí. No negaréis ahora vuestro delito.

— Gertrudis, dije yo poniéndome en pie y acudiendo á sostenerla.

— ¡Adúlteros!, rugió Gertrudis desplomándose sobre un cubo de agua mineral que había en el pasillo.

Acudió la mamá de la joven lanzando ayes de dolor. Despertáronse dos ó tres bañistas que estaban durmiendo la siesta, y el teniente de carabineros, sin saber de lo que se trataba, presentóse ante nuestra vista con el pantalón remangado á consecuencia del bulto.

Entre todos cogimos á Gertrudis que, presa de la convulsión, echaba espuma por la boca y trataba de morder á cuantos se le acercaban.

Desde aquel día mi situación empeoró notablemente. Gertrudis me hacía víctima á todas horas de sus recriminaciones, y sus lágrimas me humedecían el chaquet, porque tenía la costumbre de apoyarse en mi hombro para llorar más á sus anchas.

— Es inútil que trates de disculparte, me decía; esa mujer me ha robado tu amor. ¡Infame!

— Pero Gertrudis...

— Sí; yo debo morir; yo no puedo soportar esta existencia desesperada.

Por de pronto me compuso unos versos llamándome pérfido y aleve y

«monstruo infernal de aliento envenenado.»

Después me amenazó con contárselo todo al teniente de carabineros, y por último sacó del bolsillo un frasco que había sido de goma líquida y que ella había llenado de fósforos disueltos en aguardiente.

— ¿Lo ves?, me decía. ¿Ves este tóxico? Pues con él he de quitarme la vida; pero antes morirá á mis manos esa mujer.

Eran inútiles mis protestas. Gertrudis continuaba prodigándome epítetos terribles, y todas las tardes, á eso de las cinco y media, le daba la convulsión, durante la cual yo tenía que jurarle al oído, en voz baja, que mi corazón era suyo exclusivamente. Entonces volvía en sí mesándose los cabellos.

La mamá de Gertrudis se encaraba conmigo gritando como una desesperada:

— ¡Usted tiene la culpa de todo!.. Sí, señor, usted, que es un coqueto y un hombre sin corazón. Mi pobre hija no come, ni duerme, ni versifica. No hace más que llorar y morderse los puños de la chambre. ¡En mal hora le hemos conocido á usted!

— Doña Catana; usted me acrimina sin motivo, decía yo.

— Si mi hija se muere, usted será el único responsable, añadía ella.

El caso fué que yo no podía dirigir la palabra á la señora del teniente, ni me era permitido alejarme de la fonda más que el tiempo necesario para tomar las aguas, y aun así y todo, Gertrudis me seguía con los ojos hasta el manantial. Cuando me retrasaba algunos minutos, ya estaba ella con el frasco de los fósforos en la mano, diciendo con voz tenebrosa:

— ¿Lo ves? ¿Ves este veneno? Pues me lo tomo.

— ¡No, no, por Dios; detente desgraciada!, le decía sujetándole la mano.

Una noche, Gertrudis me cogió por la muñeca, y llevándome cerca de una ventana, bañada por la luna, me habló así:

— Mi existencia es horrible. Yo no puedo seguir viviendo con un torcedor en el alma. Tú no me amas, Avelino; lo leo en tus ojos.

— Gertrudis, desecha esas dudas horribles.

— Pues bien, siguió ella diciendo, quiero sucumbir lenta pero seguramente. Desde hoy renuncio á comer; voy á sucumbir por extenuación espontánea.

— Pero...

— ¡Todo es inútil!

Y efectivamente, desde aquel día Gertrudis se sentaba á la mesa, como los demás huéspedes, pero sin hacer uso de los manjares. Lo más que hacía era beber agua ó aspirar el perfume del limón.

— ¡Esta criatura se me va á morir!, decía la mamá, enjugándose las lágrimas con una servilleta.

— Vidita, come algo, murmuraba yo á su oído.

— ¡Nunca!, contestaba ella agarrándose al limón.

La señora del teniente, que era comunicativa como una pupilera é inocente como un serafín, me ofreció en la mesa una aceituna, sin comprender que aquel delicado obsequio iba á abrir el sepulcro de Gertrudis. Esta vió la aceituna y tornóse pálida; después lanzó un grito agudo, y levantándose súbitamente de la mesa echó á correr hacia su habitación como una loca.

— ¡Hija mía!, gritó la madre de Gertrudis corriendo tras ella.

— ¡Dios mío! ¿Qué va á pasar aquí?, dije yo lanzándome detrás de Doña Catana.

Gertrudis se había encerrado en su alcoba y fueron inútiles nuestras súplicas para que abriese la puerta.

— ¡Se va á matar!, gritaba la madre.

— Gertrudis, bien mío, abre, decía yo con acento cariñoso.

— ¡Nunca, nunca!, contestaba la joven.

Doña Catana no hacía más que llorar y maldecir su suerte; de cuando en cuando se dirigía á mí como una fiera herida y me clavaba las uñas en el cogote.

— ¡Por usted, por usted nos pasan estas cosas!

— ¡Por la Virgen Santísima! No me apure usted más de lo que estoy.

— ¡Pillo! ¡Coqueto!

Dentro de la habitación de Gertrudis no se oía ruido alguno.

— ¿Habrá muerto ya?, pensaba yo. Habrá bebido el veneno.

Acerqué el ojo á la cerradura y retrocedí asustado. Gertrudis, sentada sobre el lecho, acercaba las manos á la boca con frecuencia.

— Sí, pensé yo. Está bebiendo el líquido fatal.

Y me acerqué de nuevo á la cerradura. Entonces pude ver á mi sabor lo que ocurría dentro de la alcoba.

Gertrudis, la romántica Gertrudis, la que había resuelto morir de inanición espontánea, estaba comiéndose tranquilamente un trozo de carne asada y un panecillo.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)

LA MODA

Ninguna de las deidades paganas tuvo el privilegio de ejercer en los griegos y romanos un dominio tan tiránico y avasallador como la Moda, esa diosa elegante, coquetona, caprichosa y excéntrica. Nada reseta esa exigente deidad. Su poderío se extiende desde la ciudad á los más modestos villorrios, y ante sus leyes inclínanse reverentemente la aristocrática dama y la humilde campesina.

Por miedo de caer en el ridículo y en el deseo de aparentar lo que deseamos ser, nos sometemos con docilidad á los decretos que periódicamente promulga, y aunque en son de débil protesta criticamos sus mandatos, no por eso dejamos de aceptar sus ridiculeces. Respecto de la Moda, sucede exactamente lo que con la mujer coqueta: el hombre conoce su inconstancia y ligereza, y sin embargo prefiere, casi siempre, la volubilidad que la caracteriza, su estudio aturdimiento y los retoques de su belleza, á la modesta actitud y el natural encanto de la mujer virtuosa; y es que la primera despierta sus pasiones, mientras la segunda le recuerda su dignidad y deberes.

Aseméjase también á la adulación en que cuanto más exagerada, más alcanza quien la prodiga.

Todos desean ganarse las simpatías de los demás, y temerosos, sin duda, de que sus cualidades morales no basten para despertarlas, recurren á la forma externa para hacer alarde estético de la humana crisálida, por más que en ocasiones encubra un receptáculo de pasiones que el brillo de los metales ni la belleza de los tejidos logran ocultar.

La industria, que fomenta el desenvolvimiento de esa verdadera enfermedad moderna, en su afán especulativo ha inventado el *double*, el *similor*, la *plata Ruolz* y *Meneses*, las *pedras falsas*, el *niquel*, los *añadidos* y *bisognés*, el *miriñaque* y el *polissón*, los *Ríp-perts* y los *coches de alquiler*, las *chaquetas Figaro* y los *vestidos princesa*, los *paraguas velox* y los *zapatos doré*; y todos, aunque les cueste arruinarse, desean emanciparse de la clase á que pertenecen, por no conformarse con vivir en su propia esfera.

Antaño existían mujeres que decían la *buenaventura*, reverendos frailes, obligados mentores de las familias, miniaturistas, maestros de obra prima, barberos, botillerías y mesones, coches de colleras y calezas. Hoy tenemos sonámbulos y espiritistas, fotógrafos y peluqueros, Bancos y agentes de negocios, cafés y *hoteles*, berlinas y caballos ingleses, los *perros chicos* y las *pesetas falsas*.

Hasta en los negocios la Moda ha llegado á introducirse. Los hombres de esta época positivista hanla introducido en sus combinaciones y cálculos mercantiles. Prueba de ello son las últimas páginas de los periódicos, ocupadas completamente por los anuncios. La fiebre anunciadora ha hecho célebres á muchos industriales cuyo nombre permanecía desconocido.

En el matrimonio ha intervenido también la Moda. Hasta hace poco habíamos creído que era una institución basada exclusivamente en el cariño ó en el amor; pero las célebres agencias matrimoniales nos dan á sospechar que existen seres que se casan impulsados por un afán especulativo.

Asimismo tenemos en los teatros *días de moda*, artistas y autores de moda y mujeres é industriales á la moda, cuya existencia es, á pesar de todo, efímera y transitoria.

El escultor modela hoy en el deleznable barro, el pintor entretiene sus ocios creando acuarelas, cuyo papel no puede resistir las injurias de los años, y el autor escribe sin otra base que un pedestal de move-diza arena.

Existen también hombres y mujeres á quienes la Moda ha hecho célebres. La historia ha conservado



¡NO ESTÁ MAL!, dibujo de A. Johnson

los nombres de *Walpose*, *Cinq-Mars*, *Buckingham*, *Essex*, *Lauzun*, *Ninón de Lenclos*, *Lola Montes*, etcétera, etc.

Nuestra vanidad ha servido de asidero para las especulaciones de los comerciantes é industriales de cálculo. Las *Revistas*, órganos oficiales de la coquetona diosa, recuérdannos que hemos tenido sombreros *Gibus* y *Gayarre*, bastones *Verdier*, agua de Colonia de *Farina*, polvos de arroz *Sarah Bernhardt*, camisas *Laforest*, guantes *Dubost* y esencia *piel de Rusia* y *Mascota*; y como si esto fuera poco todavía, en vez de reuniones literarias se dan *tes dansants* y *lunchs*, reemplazándose el ingenio con las almiradas vulgaridades del buen tono.

La Moda ha inventado el *jockey* y las carreras de caballos, el tanto por ciento, los casinos, las jugadas de Bolsa, los establecimientos termales, las tarjetas y los circos ecuestres con sus *clowns* y *écuyères*, así como las distintas metamorfosis que ha experimentado el tipo del lechuguino de la época de nuestros abuelos, que ha pasado por los tamices del *lión*, el *dandy* y el *gommeux*, que ha formado parte, en su deseo de presentarse siempre á la *dernière* en la escogida sociedad de la *crème*, del *schut* y de la *hige-life*.

Y téngase entendido que la Moda ha ejercido su dominio en todas las épocas y en todos los pueblos. La historia registra en sus páginas verdaderas extravagancias ó caprichos, inconcebibles para la fría razón, en los que la crítica hallará siempre mucho campo para estudiar las condiciones especiales de la humanidad, empeñada en constante lucha y animada por el tenaz deseo de hacer desaparecer, por medio de aditamentos, la belleza natural, la perfección de la forma.

Las matronas romanas, cuyo tocador contaba con mayor número de afeites que el de la más elegante dama de nuestros días, empleaba en su complicada *toilette* más tiempo del que necesita una de nuestras *divas* para presentarse en la escena.

El peinado ha experimentado infinitas modificaciones, hasta llegar á simplificarse de tal manera, que si comparamos los que actualmente lucen las señoras con el que usaron las damas del siglo XVIII, nos sorprenderemos ante los prodigios complicados de aquellos artistas peluqueros, verdaderos titanes de la inventiva y de la paciencia.

En la Edad media, las jóvenes usaban como adorno las flores, con las que formaban caprichosas y emblemáticas combinaciones, que expresaban la simpatía, la esperanza, el temor, la aflicción, etc. Las cintas de seda y los tejidos de oro, plata y pedrería sucedieron á las flores.

Durante el reinado de Luis XIV, el peinado alcanzó extraordinarias proporciones: dábase á los cabellos la forma de largos tubos, á semejanza de los órganos de las antiguas catedrales. Las flores volvieron á figurar como bellissimo adorno de las elegantes damas de la corte de Luis XVI, diseminadas graciosamente entre los empolvados rizos, lo que producía un contraste sorprendente, ya que recordaba las exuberantes galas de la primavera surgiendo de una nevada base que á su vez coronaba la expresiva y graciosa cabeza de aquellas mujeres que lucieron sus encantos en los salones de Versalles.

Posteriormente usáronse los peinados de siete puntas, incómodo y ridículo; los rizos, tirabuzones y el moño de distintas formas y dimensiones. En 1789 las mujeres dejaron de empolvarse los cabellos, para adoptar las famosas *pelucas rubias*, que á su vez desaparecieron para hacérselos recortar y peinárselos sencillamente á lo *Tito*; moda que imperó poco tiempo, ya que al crecer los cabellos se los peinó á la griega, á imitación de las estatuas antiguas, y por último y en el corto espacio de algunos años hemos visto reproducirse los peinados desde el chino y el inglés al merovingio, que ridiculizamos al verlos adornar las cabezas de los retratos de nuestras bisabuelas, para venir á parar en el sencillo y elegante que hoy admiramos.

Hay que convenir, sin embargo, en que todas las excentricidades de la caprichosa deidad pueden ser más ó menos tolerables si se las compara con ese ridículo apéndice conocido vulgarmente con el nombre de *polissón*. Ese verdadero adefesio usáronlo las damas del siglo XVI con un propósito parecido á las de hoy,

esto es, con el intento de hacer resaltar ó aumentar la redondez de las caderas y la elegancia del talle. La introducción de tan ridículo adorno atribúyese á nuestras compatriotas, que ya en aquella época cometieron la ligereza de suponer que no bastaba el brillo de sus negros y rasgados ojos, la esbeltez de formas y ese conjunto de naturales atractivos que

El sencillo á la par que cómico incidente que acabamos de relatar bastó para desterrar por completo el *polissón*, pues ninguna de aquellas damas quiso asemejarse á la señorita de Lacépède.

En las elegantes de hoy no produciría seguramente el mismo efecto, ya que la ciega obediencia con que acatan los decretos de la Moda es por cierto digna de mejor causa.

En resumen, la Moda es una de las ridiculeces que ha inventado la sociedad, de la que todos participamos más ó menos y de la que somos esclavos ó fervientes adoradores para no singularizarnos en el modo de vestir ó con la adopción de usos añejos.

Nosotros mismos, que aunque someramente hemos tratado de poner en relieve sus extravagancias en este sencillo artículo, advertimos, al terminarlo, que también sucumbimos arrastrados por la corriente, ya que igualmente está de moda hablar mal de ella.

A. GARCÍA LLANSÓ

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL CAFÉ DE LA UNIVERSIDAD

—Vamos, Pepe, saque usted las bolas, que el amigo *Tonino* quiere lucirse hoy, porque en las carambolas es una *lumine in celo*.

—Sí, no estoy yo mala *lumine*, lo que soy es el *paganus in terra*.

—¡Anda, chambón, pues si te doy quince para treinta! No ganas porque no quieres.

—¡Pues si apenas sé coger el taco!

—Tan poco como sabes, estoy seguro de que estás más fuerte que en derecho romano.

—¡Ay de mí! No me lo nombres, que estoy temiendo de de aquí á un rato me han de *crystalizar* los señores de la casa de enfrente.

—No pienses esas tonterías tan fúnebres, porque te vas á azorar y te cuesta pagar. Sal, anda.

—¡Una! Por casualidad.

—Ves cómo van saliendo.

—Esta se pasó.

—Tira otra vez.

—No, déjalo.

—Ya has hecho una serie de una. Principio quieren las cosas. ¡Allá voy yo!. Una... dos, tres..., esta corridita... cuatro, ahora dos tablitas y un recodo... ¡á la salud de nuestro amado profesor!

cinco. Casi me la quita el retruque.

—Chico, Donato, ¿te acuerdas de los modos de constituirse la hipoteca dotal?

—Pues sí; eso de las hipotecas es de lo más sencillo..., seis...; verás qué retroceso..., siete... Pues si la mujer casada... según el código Justiniano, ¡caracoles... se escapó!.. Tú tiras.

—No, no tiro, que Julián acaba de entrar y tenía dos números antes que yo; voy á ver si me toca.

—Bueno, anda, que yo seguiré con Julián, que por la cara que trae debe haber alcanzado el tercer suspenso de la temporada. Pero eso no le quitará las ganas de jugar. Es un barbián. ¡El será ministro, vaya si lo será; cómo que no estudia ni una palabra!

* * *

—¡Cuenta, cuenta, que te escuchamos con fruición!

—Pues bien: como os iba diciendo, se empenó D. Vicente en que había de traducir el primer párrafo de una Bula que empieza diciendo: *Quanta cura*, etc. Yo cuanto más miraba menos veía aquello; no me parecía latín, sino chino. Me volvía hacia vosotros á ver si me apuntabais algo, y... nada.

—¡Qué habíamos de apuntar si no sabíamos una patata!

—Pues me entró así como un calambre y dije: «¡Apretado está el pobre grillo!»

—¿Y qué dijo el tribunal?

—El tribunal no dijo nada, porque eso del grillo no pasó del fuero interno.

—¿Pues qué dijiste? si es que has abierto la boca.

—¡Vaya si la abrió! como que dije: «Traducción libre: ¡Oh, cuántos curas hay en España!» Al oírme D. Vicente dió un salto y exclamó: «¡Oh, cuántos suspensos va á haber hoy!» Y en efecto...



BUSTO EN BRONCE RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN AMPURIAS
Dibujo de J. Ferrer y Carreras. (Visto de frente.)

tanto distingué á las españolas, para despertar la admiración de aquellos famosos donceles que por una de sus miradas se rajaban el pellejo á cuchilladas ó mandobles en la arena de los torneos, ante aquellas beldades de dudosa é incomprendible sensibilidad. Las francesas imitaron á sus vecinas, dándole el equívoco nombre de *vertugadin*, en contraposición al de *tontillo* con que era conocido en nuestra patria.

Durante los reinados de Carlos X y Enrique III de Francia generalizóse su uso de tal manera y adquirió tan exageradas dimensiones, que el Parlamento se creyó en el deber de publicar severos edictos prohibiéndolos.

En las estanterías del archivo municipal de Aix (Provenza) existe un proceso sumamente curioso, incoado por el Parlamento de aquella provincia por un acto de desacato ó desobediencia á sus mandatos. El bello sexo desprendióse del *vertugadin*, en vista de la severidad de los edictos, ó disminuyó su volumen notablemente; pero una dama, una sola, se puso en abierta rebelión. La señorita de Lacépède, que así se llamaba la revoltosa, fué citada y debió comparecer ante los severos jueces por el uso ilegal de semejante aparato. Adelantóse la dama hasta el tribunal, con el mismo cuerpo del delito, es decir, vistiendo una falda de incommensurables dimensiones, que le daba el aspecto de un hinchado globo, por más que los hermanos Montgolfier no lo hubiesen inventado todavía. En vista de tal desacato, los jueces iban á fulminar un terrible veredicto, cuando una sola frase de la acusada apaciguó como por ensalmo la cólera de aquellos graves magistrados. Declaró, por su honor, que la exageración de la falta de que se le acriminaba y que se atribuía al uso del *tontillo*, no era más que un don de la naturaleza. «El cielo, dijo, me ha dotado de un *vertugadin*, contra el que nada pueden los edictos y las sentencias de los tribunales.»

- Sí, sí, ya hemos visto que te han *momificado*.
 - Lo que más siento es que eso me ha quitado los ánimos para estudiar, y en derecho mercantil me va a suceder otro percance.
 - Chico, chico, no te apures; que «el ánimo esforzado y no abatido, más prefiere estar suspenso que caído,» como dice no sé que poetaastro, sobre poco más ó menos.
 - Tienes razón, y cuantos más años esté aquí estudiando, todos esos me evito de estar en mi tierra que abomino. En fin, tomad lo que queráis, que yo pago; es decir, paga mi padre, que para el caso es lo mismo.

* *

- Vamos, hijo, toma un refresquito, que bien lo has de menester.
 - Sí, lo tomaré, porque le subleva á uno la sangre el ver las injusticias que cometen los profesores. Después de tanto estudiar, un triste *aprobado*. (Y gracias, que no debían habérmelo dado.)
 - No hagas caso, eso son pequeñas contrariedades de la vida que hay que llevar con ánimo esforzado.
 - Sí, ánimo tengo...; pero aquí no hay que hacerse ilusiones, el mérito no vale nada; cuando un profesor le toma á uno ojeriza... pues ya se ha caído.
 - Si ya lo noté ayer yo, cuando fuí á hablarle á tu catedrático y me dijo: «Su hijo de usted es un vago, un pendeñero que no viene á la Universidad más que á mover trapisondas.»
 - ¿Eso dijo? ¡Pues mire usted, no dijo más que la verdad!
 - ¡Cómo!
 - He querido decir que faltó á la verdad. (Por poco lo estropeo todo.) ¡Yo pendeñero! ¡Pregúntele usted cuántas semanas ha pasado conmigo en el *Abanico* ese... farsante!
 - Lo creo, lo creo; pero aún me dijo más.
 - ¿Qué dijo?
 - Pregúntele usted á su hijo si ha sido estudiando como ha adquirido ese chirlo que tiene en la frente.
 - ¡Hombre, vaya un descaró!
 - Sí; y la verdad, lo del chirlo me paró, porque no sabía yo cómo te lo has hecho.
 - Pues mire usted: una noche, estudiando, como hacía tantas horas que no levantaba la cabeza, el tubo del quinqué se calentó demasiado, reventó y un casco del cristal me dió en la ceja y me hizo este corte.
 - ¡Pobre hijo mío! ¡Cuánto cuesta el ser un sabio como tú!
 - Mucho, papá; usted no lo sabe, que si lo supiera... (¡me reventaba!)

* *

- Conque no te has *atrevido á desaminarte*.
 - ¡Ca, chica, si no sé una letra!
 - Pues, hombre, ¿qué has hecho durante todo el curso?
 - ¡Toma! ¿Y tú me lo preguntas?
 - Eres muy *desaplicao*.
 - No es verdad, lo que es que me falta tiempo para todo.
 - ¡Si no fuera más que tiempo!..
 - Y dinero... Si no sabes otra te daré recibo.
 - A este paso la vida es un soplo. Cuando tú llegues á médico, ya estaré yo para que me hagan la *autosia*.
 - Sabes lo que estoy pensando, que voy á dejar la carrera.
 - Sí, harás bien, porque ella ya te ha dejado á ti hace tiempo. ¿Y qué vamos á hacer entonces?
 - Pues pondremos una buñolería.
 - Pero si no tenemos *luz*.
 - Nos la darán.
 - Si no tenemos quien ffe.
 - Ni falta que hace.
 - ¿Que no? ¡Vaya una gracia!
 - No, porque escribiré á Toledo á mi tío el canónigo, diciéndole que me voy á licenciar, que me falta metálico, y ya verás cómo envía para el título de... buñolero.
 - Entonces se salvó la patria.
 - Pues qué, ¿te figuras que yo me ahogo en seco?

- Ya sé que eres muy listo.
 - No tanto como tú; pero, al fin, de ir en tu compañía, algo se pega.
 - Algo y aun algos; y si no, dígalos mi reloj y mi sortija, que están empeñados desde que te los dejé para ir á ver al rector.
 - ¡Yo qué culpa tengo si en vez de ir á casa del



BUSTO EN BRONCE RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN AMPURIAS
 Dibujo de J. Ferrer y Carreras. (Visto de perfil.)

rector se fueron á casa de D. Canuto el prestamista! Fué una equivocación.
 - ¡Todo te lo perdono, porque... tampoco puedo hacer otra cosa! ¡Ay Dios, cuando una se *chala* por un estudiante valía más que se muriera!

* *

- D. Sisenando, ¿usted por aquí? ¿Qué vientos le traen por el distrito de la Universidad?
 - Vengo de caza.
 - ¿De caza?
 - Sí, señor, á cazar un catedrático.
 - ¡Caracoles, eso es caza mayor! ¿Y cómo?
 - Pues hoy se examina mi hijo Tomasito; un buen chico que siempre me saca de *notable* para arriba, y estoy acechando el paso de su profesor para pescarle antes de que se constituya el tribunal y largarle una cartita, nada menos que del ministro del ramo. Fíjese usted si con esto puede salir mal.
 - En efecto, buen sistema.
 - No hay otro mejor.
 - Pero he oído decir que hay una circular prohibiendo las recomendaciones.
 - ¡Bah, bah! Ríase usted; la única vez que no utilicé mis relaciones me escabecharon al chico. Eso de estudiar ha quedado ya sólo para algún desdichado.
 - La verdad es que maldita la falta que hace cuando...
 - ¿Cuándo qué?
 - Cuando se tiene al padre alcalde, como le pasa á su hijo de usted.

* *

- A ver, cerveza y limón para todos; que ya que

el chico ha salido en bien, hay que remojar el paso.

- ¡Pues estás poco contento!
 - La cosa no es para menos. Figúrate que allá en el pueblo decía el Sr. Bonifacio que éste no sería nunca *abogao*, y cádate ahí que acaba de aprobar el preparatorio. Eso sí, me cuesta un ojo de la cara, y he tenido que empeñar unas tierrecitas; pero no se pescan truchas á bragas enjutas.
 - ¡Hombre, no es que yo quiera desilusionarte!; pero... ¿no hubiera sido mejor que el chico hubiera estudiado agricultura?..
 - ¡Ya la tenemos; las mismas majaderías de D. Bonifacio! Bastantes destripa-terrones hay en la familia.
 - Puede que le hubiera ido mejor con los terrones que con las leyes. Hay tantos...
 - Pero si éste no ha de ejercer. Este se dedicará á la política, y en cuatro días le tenemos hecho ministro ó gobernador.
 - Ó cesante, como yo, sin una peseta y renegando de haber pisado la maldita Universidad.

A. DANVILA JALDERO

BOCETO
 MICROBIOS

Los bacteriólogos ó aficionados á las investigaciones *microbiológicas* acabarán por descubrir esa *gente menuda* hasta en nuestra vecina la resplandeciente estrella Sirio: uno de esos examinó nada menos que un rojo pimiento, una guindilla, con un picante de primera fuerza. Y calculó bien, que si aquello picaba debía haber una causa, y esa problamente serían *microbios*... pero bichos de buenos dientes ó de agujón que dejaría chatos los de las avispas. Y á foco de poderoso aparato lenticular, colocó un milímetro cuadrado de la estimulante guindilla; y efectivamente, descubrió, contados, ni uno más ni uno menos, 500 *microbios* rabiando por dejarse caer sobre la lengua de cualquiera. Si la cuenta no falla son 50.000 por centímetro; y como el pimiento tendrá unos 25 centímetros superficiales, resultaría la suma de 1.250.000 *microbios*... y contando el espesor puede añadirsele otro puñado de miles...

Lo curioso sería averiguar qué clase de enfermedad puede inocular esa gente menuda guindillesca, y no sería aventurado suponer que inoculasen la picazón ó el escozor.

Y luego habrá quien aún dude de los adelantos de la ciencia investigadora, que en este punto puede decirse que ha dicho ya casi la última palabra.

Los Sres. Acosta y Grandi encontraron ó descubrieron en un billete de Banco ¡19.000 *microbios*! ¿Quién se atreverá tranquilamente, después de tan feliz descubrimiento, á tomar un billete de Banco?

El químico Opermann y el veterinario Falk descubrieron un nuevo *bacilo*, que es el que da el color gris á los salchichones. El doctor Bouchard presentó á la Academia de Ciencias de París tubos conteniendo, clasificados y calificados, *microbios* de tifoidea, cólera, escarlatina, crup, carbuncló, fiebre puerperal, etcétera, etc.

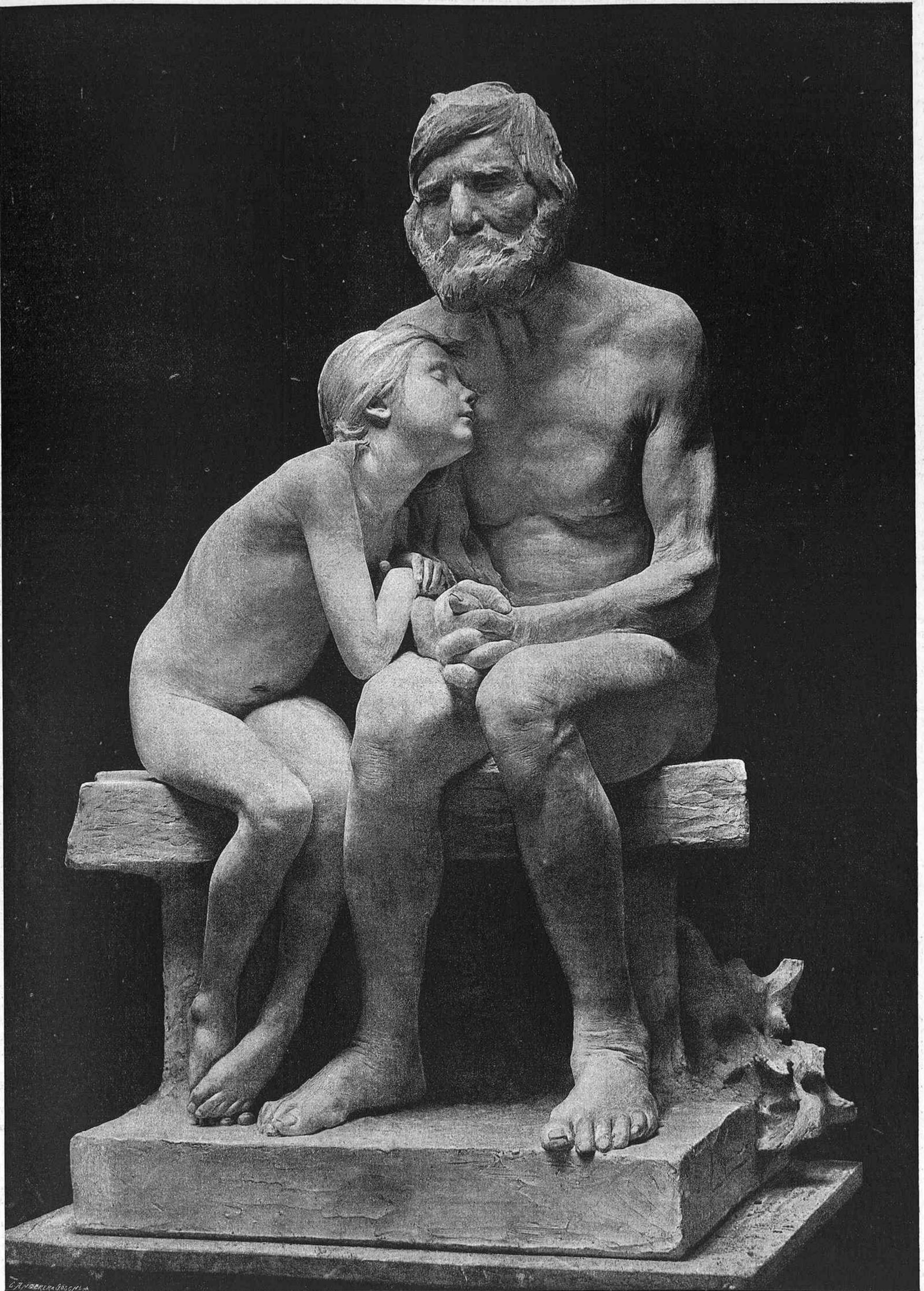
Lo que falta por averiguar es el remedio al mal, los *microbios antidotos* de aquéllos, es decir, el contraveneno, y eso se hallará. ¡Pues no se ha de hallar! ¡¡Nos quedaríamos frescos!! Porque en la escala diminutiva, ó á éstos se los han de comer otros ó han de existir otras menudencias destinadas á servir de alimentación á esas que ya tenemos por cosa averiguada: de otro modo, no sería comprensible ni posible una vida, una existencia sin tragar, sin matar á otros seres.

Pero todo eso poco significa comparado con otro descubrimiento importantísimo.

Lo grande, lo asombroso será el resultado de las investigaciones *microbiológicas* que, costeadas por una fuerte compañía de los Estados Unidos, se está realizando por atrevidos y bien pagados exploradores en el viejo continente, que ya sabemos también que todo lo estupendo viene de allá... Esos hombres sabios, dignos del mayor aplauso y encomio, transmitieron como primer resultado de su exploración, dejándose en el tintero el punto en que verificaron sus investigaciones, que en cien kilómetros cuadrados, vistos



EN EL TEATRO, cuadro de P. Naumann



ESTUDIO, grupo en yeso de Miguel Blay

Premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Al bajar, cuando pasaba delante de un rincón en el cual Anie había instalado su taller adornándolo con algunas bandas de seda y de terciopelo, vió á su hija delante del cuadro concluído últimamente y cerca de ella á un hombrecillo joven aún, pero calvo y con gafas, en quien reconoció á René Florent, redactor principal de *La Montaña*. Quince días hacía que se hablaba en casa de esta visita del escritor. ¿Vendría, ó no vendría? Aunque su crítica fuera generalmente altanera y desdeñosa, negativa de ordinario cuando no inspirada en la ruin pa-



Esto es muy bonito, pero es necesario algo más que esto para imponerse

sión de la envidia; aunque *La Montaña*, periodiquito de localidad, no se leyese más que en Montmartre ó en Batignolles por sus personalidades y sus villanías, Anie deseaba que en el periódico se dijese algo de su cuadro. Aunque se hablase mal, siempre sería á modo de una consagración. Varias veces Anie le había invitado valiéndose de amigos comunes; René había prometido siempre ir, pero nunca había ido.

Ahora ¿cuáles serían su impresión y su juicio? El hombrecillo se irguió cuanto pudo, y retrocediendo dos pasos, como buscando mejor punto de vista, dijo sin advertir que el padre de Anie escuchaba:

— Si usted cuenta con este trabajito para vencer la indiferencia del público y producir algún ruido es necesario que renuncie usted á sus ilusiones. Esto es muy bonito, quizás demasiado bonito; pero es necesario algo más que esto para imponerse.

Como Anie al escuchar aquella opinión tan brutalmente manifestada no pudiese reprimir un movimiento, René la miró y dijo:

— ¿Lo que digo ha disgustado á usted? Se me ha traído aquí para que diga mi opinión y la digo. Es mi profesión, mi razón de ser, la misión de que estoy encargado la de atajar las vocaciones que no me parecen bastante fuertes para salir de los moldes gastados y comenzar una marcha gloriosa por nuevos senderos. Faltaría yo á los deberes que para conmigo mismo tengo si no dijese á usted lo que pienso. Trabaje usted, trabaje usted mucho si tiene usted ánimo durante muchos años.

Al decir esto estaba muy serio, figurándose de buena fe que todo el que tuviese en su mano un pincel ó una pluma era una especie de procesado sometido á él solamente por el hecho de haberle dado el capricho de fundar *La Montaña*, y que todos aquellos cuyas obras no le gustaban eran criminales á quienes René tenía el derecho de aplicar todos los rigores de un código que él mismo había promulgado para su uso.

En este momento vió Anie á su padre:

— ¿Has oído?, le dijo acercándose á él.

— Dispensen ustedes mi franqueza, dijo Florent algo contrariado; no me es posible dejar de ser franco ni aun cuando hablo á una señora.

— Esa franqueza, dijo Anie, no puede sorprender á mi padre, porque hace diez minutos estaba yo diciéndole eso mismo que usted me ha dicho.

Algunas personas se aproximaron en esto y Florent no tuvo tiempo para justificar su sentencia, lo cual habría hecho él seguramente, agravándola con resultados y considerandos.

En la sala principal y en el comedor se oía ya un murmullo de voces que indicaba cuán numerosos eran ya los llegados; todavía no se necesitaba sin embargo de que el padre se sentase al piano, porque al baile habían de preceder algunos trozos de música, un monólogo y un diálogo, con todo lo cual se formaba un programa completo. 1.º Una niña de siete años, á la cual había empeño en acreditar de prodigio, ejecutaría el *Adiós* de Dussek. 2.º Un alumno de un alumno del conservatorio, en quien se había manifestado una vocación dramática irresistible á la edad de cincuenta y tres años, diría, cobijándose bajo un pa-

raguas, un monólogo que, á juicio del mismo interesado, era extraordinariamente gracioso. 3.º Por último, un profesor de declamación, que hacía poner en sus tarjetas de visita

FULANO DE TAL

Sobrino del Sr. Michalón, individuo de la Academia de Ciencias

representaría con dos de sus discípulos la escena de *La caverna perdida* de los *Burgraves*, no porque esta escena fuese á propósito para una sala, sino porque el sobrino del individuo de la Academia de Ciencias era aficionado á representar cosas grandes.

La señora de Barincq no bien advirtió la presencia de su marido acercóse á él con viveza, y con algunas palabras rápidas le recomendó el cumplimiento de sus deberes de amo de casa.

¿Qué había hecho en tanto tiempo? ¿En qué pensaba? ¿Se proponía dejar para ella las cargas y los cuidados de todo? Barincq obedeció; fué de un grupo á otro grupo repartiendo apretones de manos entre los recién llegados y dirigiéndoles algunas palabras de agradecimiento. Como el padre de Anie se esforzaba en cubrir su rostro con una máscara de satisfacción y en mostrar solamente miradas alegres, creyó notar que todos le contestaban con señales de simpatía, cuyo calor no pudo menos de sorprenderle.

La razón sin embargo era muy sencilla: reducíase todo á que la señora de Barincq había hablado ya del grave disgusto que amenazaba á la familia y que cada uno repetía acomodándolo á las circunstancias: su cuñado había sido acometido en su castillo de Ourteau en el Bearn por un ataque de apoplejía, y el telegrama que habían recibido pocos minutos antes los tenía angustiados por la incertidumbre y la zozobra, porque hasta el día siguiente no podían conocer las consecuencias del ataque; realmente Barincq era el único heredero legítimo de su hermano, que no se había casado nunca; pero la esperanza de heredar cien mil francos de renta no era bastante para mitigar su disgusto; sería menester por lo tanto perdonarle si manifestaba en su fisonomía alguna inquietud ó preocupación triste y fingir que no se notaba; Barincq quería entrañablemente á su hermano mayor.

Estas pocas palabras habían corrido de boca en boca y nadie hablaba ya sino de la suerte de Anie.

— ¡Cien mil francos de renta!

— ¡En Gascuña!

— Supongamos que sean sólo cincuenta mil; dejémoslos reducidos sólo á veinticinco mil: siempre es muy bonita fortuna para una muchacha que se veía obligada á inventar adornos de papel para sus trajes.

— Si usted supiera...

Esta que sabía había prendido con alfileres aquella misma noche en la única falda de seda blanca de su hija una sobrefalda de tul rosa para reemplazar el tul violeta, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo que sucesivamente habían adornado aquella falda misma en el transcurso de dos años; durante tres horas la paciente había permanecido de pie sin quejarse; por eso hablaba elocuentemente sobre los artificios y penalidades de tocador á que están condenadas las madres pobres, que á pesar de serlo llevan á sus hijas á la sociedad y se empeñan en que hagan buen papel en ella. «A Dios gracias, decía esta buena señora, yo no estoy en esa situación; pero eso no quita para que conozca y compadezca los terribles apuros de esta buena señora de Saint-Christeau.»

Entretanto el prodigio en miniatura, á quien todo esto importaba muy poco, estaba ocupándose en hacer que colocaran encima de una silla almohadones y más almohadones para colocarse á la altura del piano; cuando hubo bastantes se la colocó encima y se vieron colgando sus piernecitas torcidas, que por no ejercitarlas habían quedado sumamente delgadas; una vez colocada en aquel monte de almohadones la chiquilla, paseó por la sala una mirada que venía á ser como la orden de atenderla; después, y á una señal de su madre, la niña comenzó á tocar y Barincq se fué al vestíbulo para relevar á su mujer y recibir á los rezagados.

Entre estos, ¿no habría alguno con el cual tuviese Barincq bastante confianza para pedirle prestados los cien francos necesarios si había de hacer aquel viaje? Tal fué la pregunta que Barincq, cada vez más angustiado, se dirigió á sí mismo repetidamente durante la hora larga en que permaneció recibiendo convidados. Pero cuando al fin hubo de volver al salón para sentarse al piano, no había encontrado nadie á quien dirigir su solicitud con probabilidades de buen resultado: uno era tan pobre como él; otro, aunque tuviese repleta la bolsa, era seguro que no querría abrirla nunca.

Con los ojos clavados en su hija, que se apresuraba á proporcionar pareja á los bailarines que no la tenían, esperaba Barincq que Anie le hiciese la seña de principiar, y la sonrisa cariñosa que al fin le dirigió su hija fué para el padre dulce consuelo; la expresión de aquella mirada tenía tal ternura que el corazón del pobre padre se dilató y Barincq dió principio con entusiasmo á los rigodones de la *Mascotta*.

A los rigodones siguió un vals, á éste una polca; y hubo después otras polcas y otros vales y otros rigodones. Barincq, medio oculto en el hueco de una ventana, veía agitarse á los bailarines delante de él, y entre todo aquel torbellino sólo tenía miradas para su hija. ¡Cuán hermosa le parecía sonriendo á todos, con sus ojazos expresivos, su rostro animado y sus labios temblorosos! Era verdaderamente maravillosa la flexibilidad de su cintura y maravillosos le parecían también la viveza y la gracia de sus movimientos. Encontraba, por el contrario, feos y deslabazados, mal hechos ó torpes á los bailarines que la acompañaban, en algunos de los cuales hallaba todos esos defectos juntos. ¡Y alguno de esos quizás sería el marido que Anie aceptase! No había en la amargura de estas reflexiones ni sombra siquiera de celos paternos; nunca Barincq había experimen-

tado dolor al pensar que su hija le abandonaría para seguir á un marido y vivir dichosa al lado de un hombre que tomaría el sitio que hasta entonces solamente había ocupado el padre. Pero el marido soñado por Barincq para su hija no se parecía en nada á los que desfilaban ahora ante él, porque el amoroso padre había visto aquel marido ideal á través de su hija y en relación con ella, es decir, joven, elegante, robusto, de carácter entero y de naturaleza honrada y franca como la de Anie.

¡Ay! ¡Qué poco se parecían á ese tipo los bailarines que estaba viendo!

Y sin embargo, sonreía á todos; les hablaba amable y graciosa; les escuchaba como si le interesase lo que decían. Era, pues, evidente que Anie los aceptaba lo mismo á unos que á otros con indiferencia absoluta, al de más acá lo mismo que al de más allá; exigiendo de ellos una sola condición: la de marido. Y ese marido la modelaría á su imagen, le impondría sus gustos, sus ideas, su género de vida.

Si solamente el ver á sus futuros yernos le hacía daño, las palabras de estos presuntos aspirantes á la mano de Anie hubiesen indignado aún más hondamente al Sr. Barincq en el caso de que hubiera podido oírlos.

La historia del hermano próximo á morir en Bearn había cundido y se aceptaba por todos, bien es verdad que casi nadie había dado crédito á la cifra de los cien mil francos de renta; pero todos admitían la existencia de una fortuna heredada que venía á cambiar de todo en todo la situación de Anie, situación que ya no era la de una pobre muchacha sin dote, condenada á soportar escaseces toda su vida y á no casarse nunca. Peligrosa pocos momentos antes, peligrosa hasta el extremo de que no existiese un joven que no se manifestase con ella reservado y á la defensiva, había convertido repentinamente en una muchacha apetecible, en un partido codiciable; su misma hermosura había cambiado de carácter; nadie pensaba ya en discutirla ni en rebuscar sus defectos, era deslumbradora, irresistible; á todos parecía ya un milagro de belleza y un tesoro de encantos.

René Florent, el severo crítico, había sido el primero en revelar á la señorita Barincq este cambio, cuando la niña prodigio acababa de tocar el piano. René había aprovechado el tumulto producido por los aplausos para aproximarse á Anie y pedirle el primer rigodón. ¡El crítico acre y desdeñoso también bailaba! Anie sorprendida le contestó que aquel rigodón ya estaba concedido á otro. René insistió, manifestando que no podía permanecer allí mucho tiempo, porque en aquella misma noche necesitaba presentarse todavía en dos ó tres reuniones á las cuales había prometido asistir, y que tenía verdadero empeño en bailar con ella, porque este era un modo de demostrar el gran aprecio que el crítico hacía del gran mérito de la artista, y nada debe desaprovecharse en los albores de una carrera.

Aunque Florent no hubiese llegado todavía á esa edad en que ya no se baila, aquella era la primera vez que Anie le veía buscando una pareja, lo cual no dejó naturalmente de extrañarla en un hombre entonado y serio que, como se dice vulgarmente, oficiaba siempre de pontifical. No bien se hubo separado de ella el adusto crítico, apresuráronse á rodearla otros muchos bailarines; Anie jamás había alcanzado éxito igual ni aun parecido. ¿Lo debería á la originalidad de su traje?

Pero su conversación con Florent mientras bailaban el rigodón le hizo comprender que su caprichoso y fantástico vestido ninguna relación tenía con la repentina amabilidad del crítico.

— He debido parecer á usted excesivamente severo hace poco, dijo Florent con un tono muy amable que Anie no le conocía.

— No, severo no; justo nada más.

— Me pregunto á mí mismo si esta necesidad de justicia que existe en mi alma no me ha hecho caer precisamente en injusticia; no he hablado sino de lo que tenía delante de mis ojos, y es evidente que en usted hay algo más que eso; y ese algo debería yo haberlo separado de lo otro.

En este momento las exigencias de las figuras del baile alejaron á la joven de su pareja; cuando René Florent volvió á encontrarse al lado de Anie continuó diciendo:

— Lo que ha faltado á usted hasta ahora ha sido una dirección sólida y firme que la libre de las contrariedades de sus diferentes maestros. Seguro estoy de que con una dirección así no tardaría usted en abrirse camino y ocupar un puesto envidiable; tiene usted condiciones sobradas para ello.

— Sí, pero ¿cómo y dónde podré hallar esa dirección?, preguntó Anie.

— ¿Quién no se consideraría dichoso poniendo al servicio de una organización tan privilegiada como la de usted todo lo que él supiese? Este sería un casamiento como cualquiera otro; pero ya reanudaremos esta conversación si no tiene usted inconveniente.

El rigodón había concluido; René acompañó á su pareja hasta su asiento, y una vez allí se despidió de ella saludándola con tal deferencia, que dejó estupefactos á cuantos le vieron.

¿Qué significaban aquel lenguaje extraordinario y esta inexplicable actitud en un hombre como René? Anie no había conseguido aún encontrar para estas preguntas contestación satisfactoria, cuando otro caballero se acercó á sacarla para la polca que seguía al rigodón.

Este pertenecía á un género diametralmente opuesto al de Florent; era tan amable, tan dulce, tan risueño cuanto el crítico era adusto y áspero. En la sociedad que Anie conocía, más de una muchacha se habría alegrado — y aun alguna lo habría pretendido — conquistarle para esposo, pero ninguna había perseverado en sus propósitos, porque todas reconocían muy pronto que si bien el joven era de una elocuencia inagotable en el terreno de la galantería, se transformaba repentinamente en sordo-mudo cuando advertía peligro de resbalar hacia el campo de las cosas serias; ofrecía su corazón fácilmente y con mucha frecuencia; su mano, nunca; y cuando le acosaban demasiado declaraba con toda franqueza que no es posible razonablemente pensar en casarse á un empleadillo del municipio.

Después de haber dado algunas vueltas bailando, el joven condujo á la señorita Barincq al vestíbulo, y deteniéndose allí le dijo en tono melifluo que revelaba cierta tristeza:

— Perdóneme usted si estoy un poco preocupado esta noche: he recibido malas noticias de mis padres.

Aquella era la primera vez que el joven hablaba de sus padres, y además Anie no había echado de ver en el rostro de su pareja el menor indicio de preocupación: miró, pues, con asombro al joven, que continuó diciendo:

— Mi padre ha sufrido últimamente un segundo ataque, y mi madre ha caído

en una debilidad extremada. Temo perder á los dos de un momento á otro. ¿Quiere usted que demos otra vuelta?

Aquella vuelta duró poco y el diálogo se reanudó donde se había interrumpido.

— Esto ha de producir cambios muy radicales en mi existencia, porque si yo he rehusado casarme hasta ahora, no es porque obedeciese á un sistemático aborrecimiento contra el matrimonio; pero ¿cómo puede casarse el que no tiene una posición digna que ofrecer á su esposa? Sin ser precisamente ricos mis padres viven con desahogo, y si, como todo me lo hace temer, llego á perderlos podré realizar ensueños de bienandanza que desde hace mucho tiempo acaricio.

Y acompañando á su pareja hasta el salón dijo:

— Mis padres han disfrutado siempre de excelente salud, salud que me han transmitido como herencia.

¿No era esto realmente un esbozo de solicitud matrimonial? ¡Pero entonces las extrañas palabras de René Florent podían ser otra declaración en boceto!

El Sr. Barincq tocaba entonces el preludio de un vals, y el joven á quién Anie había prometido aquel vals se acercó á ella ofreciéndole el brazo.

Aquella era la primera vez que este joven asistía á una fiesta de la calle del Abreuveiro, y había sido para la señora Barincq y hasta para Anie una preocupación grande la de saber si aceptaría ó no aceptaría el convite; habíase hecho de él un personaje porque figuraba como literato y con una multitud de títulos que significaban su condición de oficial de instrucción pública y caballero de varias órdenes extranjeras en ese *Todo París* de que hablan en los periódicos los rivisteros de salones. En puridad aquel joven no había publicado nunca el libro más insignificante y sus cruces habían sido ganadas, como confesaba él mismo en sus horas de modestia, *por relaciones*, es decir, por haber acompañado á los establecimientos de fotografía á personajes extranjeros de algún viso que le recompensaban el trabajo de acompañarles con una condecoración de su país, mientras que por su parte el fotógrafo le pagaba el corretaje con un luis ó con cien francos según la categoría del cliente ó la importancia del encargo.

También este joven, después de haber dado en el salón algunas vueltas, salió con Anie al vestíbulo, que decididamente era el sitio de las declaraciones; y allí, deteniéndose de pronto, sin preparación alguna y con una voz que á consecuencia de la agitación del vals parecía balbuciente, le dijo:

— Señorita, ¿es usted aficionada á la política? En las elecciones próximas tendré justamente la edad necesaria para ser diputado, y como el ministro de la Gobernación, que es primo mío, me ha prometido el apoyo del gobierno, estoy seguro de que seré elegido. Una vez diputado llegaré muy pronto á ministro. La mujer de un ministro representa bastante, y cuando es hermosa, de talento, distinguida, ocupa jerarquía envidiable. ¿Quiere usted que sigamos bailando?

Y sin pronunciar otra palabra más, volvieron al salón valsando.

Lo que al principio era incomprensible y vago comenzaba ya á determinarse con exactitud y se explicaba; creíase la heredera de su tío y buscaban vez para casarse con aquella herencia.

Cuando fuese conocida la verdad, ¿qué harían aquellos pretendientes tan afañosos ahora? El matrimonio de Anie, ya difícil, se habría dificultado más aún, porque nadie se consuela con facilidad de tan terrible desengaño.

VI

Hasta las doce permaneció Barincq sentado al piano, y sin darse punto de reposo tocó con la energía y el entusiasmo de un músico de profesión que tratase de merecer una gratificación sobre la paga estipulada; oyéndole podía creerse que no pensaba en otra cosa que en dar gusto á sus convidados, y esto precisamente daba materia á mil comentarios, en los cuales escaseaba la simpatía.

— Bien nos hace bailar el Sr. Barincq.

— Y con un brío admirable.

— Más admirable aún si se tienen en cuenta las circunstancias.

— La señora de Barincq me ha dicho que su esposo quiere entrañablemente al enfermo.

— El pensamiento de heredar desvanece el recuerdo de su hermano.

Sin embargo, en los breves momentos de reposo que mediaban entre un baile y otro baile, alargábase el rostro del Sr. Barincq, se bajaban sus labios, y cuando Anie le miraba leía en sus ojos la preocupación sombría que en más de una ocasión le hubiera hecho olvidar lo que estaba haciendo, si su hija no se lo hubiese recordado con sólo colocar naturalmente la mano encima del atril del piano; entonces el Sr. Barincq ejecutaba más ruidosamente que nunca algunos compases, como si aquel sencillo movimiento de su hija le hubiera hecho despertar, y continuaba tocando hasta que su nuevo descanso le permitía tornar á la preocupación que pesaba sobre su alma.

Su pensamiento era siempre el mismo: ¿no encontraría manera de ponerse en marcha en el primer tren de la mañana? Entre esas personas á quienes estaba divirtiendo, ¿no encontraría una que le prestara el dinero necesario para el viaje?

A cosa de las doce el prodigio en miniatura que no bailaba, pero que se divertía viendo bailar, se durmió, y entonces su madre la acostó en un diván que había en el taller de Anie y quiso alternar con Barincq en la tarea de tocar el piano: esto concedió al amo de la casa alguna libertad para acercarse á las personas cuya bolsa y cuya buena voluntad sólo había podido tentar desde lejos hasta entonces.

Desgraciadamente Barincq había sido siempre de una timidez invencible cuando se trataba de pedir algo, y las condiciones en que había de aventurar su tentativa la hacían casi imposible para él: entre aquellas gentes no veía ni un solo amigo; personas había de las cuales hasta el nombre ignoraba. ¿Cómo dirigirse á ellos, explicarles lo que deseaba y conmovélos?

Por último se decidió á pedirselos á la esposa de un inventor de productos farmacéuticos, con la cual creía Barincq hallarse en buen predicamento por haber prestado muchas veces algunos favores al marido en la *Oficina Cosmopolita*: en la actualidad rica, aquella señora había conocido la pobreza en toda su desnudez hasta el extremo de que su hija se viese reducida durante diez años á presentarse para lucir su habilidad en los *cafés cantantes* de más ínfima categoría. Barincq pensaba que estas circunstancias la harían más sensible á las desgracias ajenas; además, ¿qué significaban para ella cien francos?

Decidido á intentar la aventura con aquella señora, la acompañó al vestíbulo, y allí mientras ella saboreaba lentamente una jícara de chocolate que Bernabé

la había servido, el Sr. Barincq, con temores y vacilaciones que ahogaban la voz en su garganta, manifestó lo que deseaba.

Pero justamente porque aquella señora había conocido de cerca la miseria, tenía ya adquirido un olfato finísimo para adivinar desde las primeras palabras lo que se había de convertir en una petición de dinero ó, como el vulgo suele decir, en un *sablazo*. ¡Cómo! ¡Aquel presunto heredero se hallaba reducido á pedir préstamos con tanta duda y tanta timidez cuando podía levantar tanto la voz? Era indudable que existía en esto alguna cosa no muy clara. Se ve con frecuencia que enfrente del heredero legítimo aparece el heredero elegido por el testador; convenía por consiguiente estar sobre aviso.

Apenas había empezado á hablar el Sr. Barincq de su hermano, ya le interrumpió su interlocutora. Era verdaderamente heroico aquel sacrificio de tocar el piano para que bailasen los amigos en aquellos momentos. ¡Qué valor y cuánta fuerza de voluntad! Ella misma había estado mirándolo mientras tocaba, y al adivinar los esfuerzos que Barincq hacía para dominarse, había sentido lágrimas en los ojos. No era ella seguramente la que, imitando á ciertas personas, censurase aquella diversión en circunstancias tan crueles.

Barincq, animado por aquellas palabras, se fué sin grandes rodeos al asunto del préstamo; pero entonces la señora había manifestado verdadera pena. ¡Qué contrariedad no llevar más que algún dinero suelto en el portamonedas! Afortunadamente todo podía tener arreglo si él quería tomarse la molestia de visitarla al día siguiente hacia las doce de la mañana: para esa hora habría ya hablado ella con su marido y ambos tendrían muchísimo gusto en poner á la disposición de Barincq el dinero que le fuese necesario; advirtiéndole que señalaba aquella hora porque su marido, por hallarse algo quebrantado en su salud, se levantaba después de las once y media.

Como Barincq había empezado por decir que se pondría en camino á las nueve de la mañana, la negativa no podía ser más clara ni permitía volver sobre el asunto; se limitó por consiguiente á dar las gracias por el ofrecimiento, y cuando la señora hubo tomado su jícara de chocolate la acompañó al salón preguntándose con ansiedad á quién podría dirigirse.

Barincq daba vueltas y revueltas en su imaginación á este asunto, lanzando miradas vagas que se perdían en el espacio, cuando Bernabé, que iba de un grupo á otro grupo con su bandeja en las manos, le suplicó por señas que fuese con él á la cocina; Barincq le siguió en efecto.

El embarazo de Bernabé fué entonces tan visible, que Barincq temió algún contratiempo.

— ¿Qué le ocurre á usted? ¿Ha roto usted alguna cosa?

— Sí, una vasija, pero ahora no se trata de eso.

— ¿Pues de qué se trata?

— Cátalo aquí: he oído, sin querer, que está usted algo apurado para hacer su viaje; si la dificultad es sólo de dinero, yo puedo darle á usted mañana por la mañana doscientos francos y lo haré de muy buena gana, puede usted creérmelo; cuando todos hayan marchado iré á buscarlos y se los traeré á usted.

Al escuchar aquellas sencillas palabras sintió Barincq que se le humedecían los ojos; antes de que hubiera podido sobreponerse á su emoción, ya Bernabé había desaparecido con su bandeja.

Cuando volvió á ocupar su sitio al piano, los concurrentes que se habían asombrado de que el padre de Anie tuviese ánimos para hacerles bailar convinieron en que realmente la alegría del heredero era escandalosa: ¡qué demonio, uno debe llorar á su hermano! Por lo menos el bien parecer exige que no se alegre en público de su muerte.

Entretanto Barincq sólo en una cosa pensaba; en arreglar su maleta con tiempo bastante para no perder el tren de las nueve de la mañana. Porque es claro que para nada podía contar con su mujer, la cual rendida de cansancio cuando los últimos convidados se marchasen ya bien entrado el día, sólo tendría fuerzas para meterse en la cama.

A cosa de las tres de la madrugada alguien tuvo la amabilidad de reemplazarle, y entonces Barincq subió á su cuarto, y allí, después de haberse quitado el frac y el chaleco, alcanzó una maleta de cuero muy vieja que no le había servido hacía ya quince años. ¡En qué estado la encontraría! Cubierta de polvo y agrietada, le faltaba una correa, no parecía la llave; pero de todos modos y bien que mal podía servir todavía.

Como Barincq sólo había de permanecer en Ourteau el tiempo estrictamente necesario para el sepelio de su hermano, necesitaba poca ropa blanca: una camisa, algunos pañuelos, la corbata; pero le fué muy difícil encontrar una camisa medio pasadera y aun tuvo necesidad de afirmar todos los botones de la que eligió después de examen detenido. Afortunadamente el frac, el chaleco y el pantalón negro habían sido repasados para el baile de aquella noche y podían pasar perfectamente para presidir el duelo; Barincq, por consiguiente, no penetraría como un menesteroso en aquella iglesia antigua en que siendo niño ocupó tantas veces cerca de su padre y de su hermano el puesto de preferencia, ni tendría que ruborizarse por su pobreza bajo las miradas curiosas de sus amigos de la infancia.

Solamente en lo que llaman gran mundo, donde los bailes se verifican con frecuencia y aun podría decirse que empalman unos con otros, ocurre que los invitados entren tarde y se retiren pronto; en ese otro mundo en el cual las ocasiones de divertirse no se presentan todas las noches, se aprovechan con cierta especie de avaricia las pocas de que puede disfrutarse; á éstas los convidados llegan temprano siempre y no acaban de irse nunca. Esto sucedió á los convidados de la señora de Barincq: al salir el sol estaban bailando todavía; fué preciso para despedirlos el frío y se necesitó también la dura luz de la mañana que nada respeta de lo que respetan y ocultan las luces artificiales; además los concurrentes empezaban á sentir el hambre más aún que el cansancio, y ya hacía dos horas que Bernabé, después de haber desocupado todas las botellas y todas las sopas, de haber limpiado completamente el hueso del jamón, de haber raspado la cuchara de la manteca, sólo podía ofrecer jarabe de grosella muy cargado de agua, lo cual era insuficiente.

Por último, á las seis el vestíbulo quedó desocupado; el padre, la madre y la hija se encontraron solos mientras que Bernabé, en la cocina, estaba disponiéndose á marchar.

— Vamos á acostarnos, dijo la señora de Barincq; me parece que hemos ganado muy bien algunas horas de sueño.

Entonces Bernabé se acercó discretamente al Sr. Barincq y le dijo en voz baja:

— Estaré aquí dentro de un cuarto de hora; el tiempo necesario para ir y volver.

Aunque, según se ha dicho, Bernabé habló al Sr. Barincq en voz baja, la señora le oyó.

— ¿Para qué asunto tiene que volver Bernabé?, preguntó á su marido.

Este hubiera preferido que su mujer no le hubiera dirigido esta pregunta, pero no pudo dejar de contestarla: refirió, pues, lo que había sucedido: su petición, la negativa con que había sido acogida, el ofrecimiento de Bernabé.

La señora de Barincq terriblemente indignada levantaba al cielo sus manos temblorosas.

— ¡Aceptar préstamos de un criado!, exclamó. ¡Ya no nos faltaba más que esto!

— Bernabé ha procedido en este caso como un buen amigo, dijo Anie procurando calmar á su madre.

— ¿Vas á defender ahora á tu padre?, gritó la señora de Barincq; más juicioso sería que le preguntases cómo piensa devolver ese dinero.

Sin esperar á que este llamamiento á la intervención de su hija produjese sus naturales efectos, la señora de Barincq se volvió hacia su marido y le preguntó:

— ¿Y cuándo te propones partir?

— A las nueve y media.

— ¿De esta mañana?

— No tengo sino el tiempo justo para llegar mañana á la hora del entierro.

— ¡Y nos dejas en medio de este desorden y sin nadie que nos ayude! ¿Cómo vamos á salir de esto? Yo estoy muerta de cansancio y de sueño.

— Por eso no pases cuidado, mamá, dijo Anie; no iré hoy al taller y antes de esta noche lo tendremos arreglado todo.

— Si tomas el partido de tu padre nada tengo que decir. Adiós.

Sin pronunciar una palabra más la señora de Barincq abandonó el vestíbulo y subió al piso principal.

— ¿No llevas nada?, preguntó Anie cuando se quedó sola con su padre.

— He arreglado mi maleta y la he bajado; voy á poner en ella mi frac y estoy dispuesto.

— ¿Sin almorzar?

— Me ha dicho Bernabé que no queda nada.

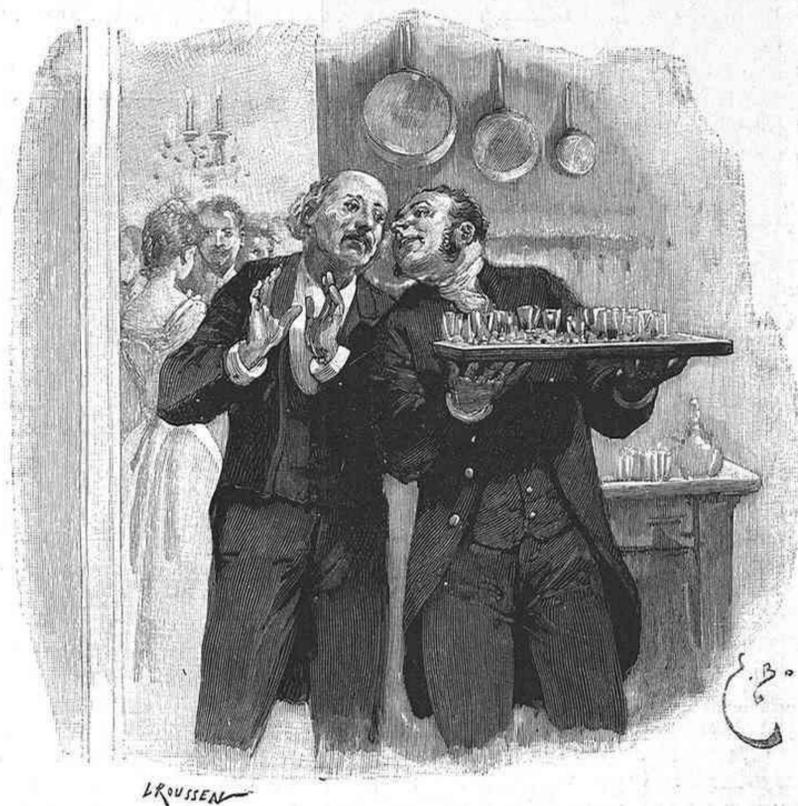
— Voy á hacerte café; entretanto vendrá la panadera.

— Cuando Anie se dirigía á la cocina, Barincq la detuvo diciéndole:

— ¿Vas á encender lumbre estando vestida de ese modo?

— Mi traje, contestó ella mirándose, tiene muy poco que perder.

En efecto, el traje estaba completamente ajado y casi se caía á pedazos, sobre



Si la dificultad es sólo de dinero, yo puedo darle á usted mañana por la mañana doscientos francos.

todo alrededor del talle, donde se veían marcados los toscos dedos de los bailarines.

— Puede incendiársete, dijo el padre.

— Pues bien: voy á desnudarme y vuelvo en seguida.

— Mejor harías acostándote.

— ¿Crees que estoy cansada por una noche de baile? A mis años eso sería vergonzoso.

Cuando Anie, después de despojarse de sus galas de fiesta, bajó al vestíbulo, encontró á su padre que se había puesto también el traje de diario disponiéndose á cerrar su maleta. Entonces Anie puso fuego al carbón y colocó encima una tartera con agua; después abrió la puerta del jardín.

— ¿Adónde vas?, preguntó el padre.

— Me ha ocurrido una idea.

Muy poco tiempo después volvió con aire de triunfo y muy alegre trayendo un huevo en cada mano.

— Me parecía haber oído cantar á las gallinas, dijo; á lo menos no saldrás ayuno de casa; dos huevos frescos, una taza grande de café caliente te repondrán un poco de las fatigas de esta noche, mucho más duras para ti porque estaban acompañadas de la tristeza. ¡Pobre papá! Te juro que he tenido compasión de ti, una compasión que me llegaba al alma y que en más de una ocasión me echaba en cara á mí misma el sacrificio que yo te imponía haciéndote tocar, para que bailásemos, esos valsos y esas polcas que no podían menos de acrecentar tu sentimiento.

(Continuará)

Sección Científica

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO
EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

En los álbumes de Muybridge el documento auténtico es entregado al artista con singular facilidad, y las imágenes, aunque obtenidas con aparatos múl-

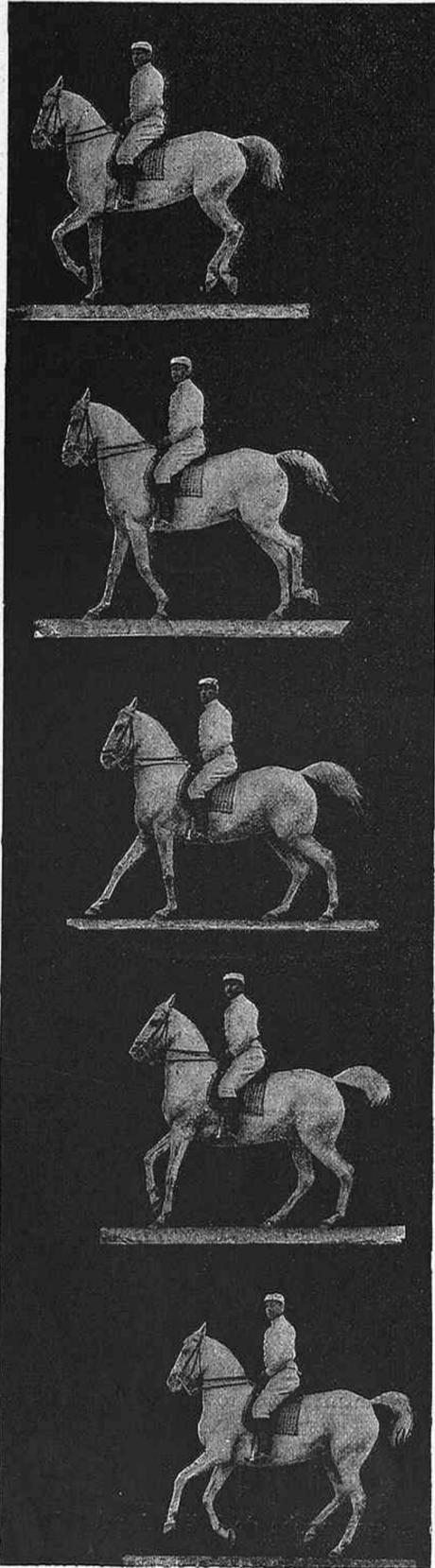


Fig. 27. Caballo al trote corto. La sucesión de las imágenes se ha de mirar de abajo arriba

tiples, no están sensiblemente afectadas por esta diferencia de perspectiva porque los aparatos pudieron ser colocados a una distancia suficiente para que fuese poco sensible este defecto.

La cronofotografía sobre tira pelicular en movimiento produce imágenes más claras todavía a causa de la brevedad del tiempo de exposición que sólo pueden dar los obturadores rotativos.

La fig. 27, que representa un caballo corriendo al trote corto, ha sido tomada sobre un campo obscuro y en un caballo blanco; y aunque estas condiciones no son indispensables, puesto que también se puede operar sobre un campo luminoso, dan a las

imágenes un modelado que hace resaltar mejor los relieves de los músculos, de los tendones y aun de las mismas venas.

Entre las actitudes representadas hay una, la inferior, que se encuentra con frecuencia en los frisos del Partenón, pero se encuentran otras que el arte no había representado todavía. ¿Serían estas últimas defectuosas desde el punto de vista artístico? Más bien creemos que no habían sido aún advertidas por los artistas, y que si a primera vista parecen algo extrañas es porque aún no estamos acostumbrados a verlas representadas.

VIII. - LOCOMOCIÓN ACUÁTICA

Los animales terrestres encuentran en el suelo un punto de apoyo sólido; en ellos, los diferentes tipos de locomoción se relacionan siempre con el siguiente mecanismo: un esfuerzo más ó menos brusco de los miembros tiende a rechazar el suelo en un sentido y el cuerpo del animal en el sentido inverso; pero como el suelo presenta una resistencia casi absoluta, todo el efecto de la acción muscular se produce sobre el cuerpo del animal.

Muy distinta es la locomoción de los animales acuáticos: para ellos el punto de apoyo es un líquido que se mueve y que consume inútilmente una parte mayor ó menor del trabajo muscular ejercitado.

Todos los géneros de propulsores que el hombre cree haber inventado para navegar, tales como velas, remos, espadillas, los encontramos en alto grado de perfección en los órganos locomotores de los animales acuáticos; y si bien la hélice, como movimiento rotatorio no se observa en la naturaleza orgánica, hay por lo menos en ésta ciertos movimientos ondulatorios del cuerpo ó de la cola de los peces, que tienen cierta analogía con ella desde el punto de vista de su función.

Además, los animales acuáticos presentan una

una habitación: un reflector de tela blanca, convenientemente inclinado y que recibe la luz solar, forma un fondo luminoso sobre el cual destacan en silueta los animales; se recoge una serie de imágenes sobre película móvil y se obtiene la sucesión de las actitudes que corresponden a las fases sucesivas del movimiento que se quería conocer. La mayor dificultad consiste en obligar al animal a moverse en un espacio limitado a fin de que no salga del campo que proyecta su imagen sobre la placa sensible.

Después de haber trazado sobre la pared del acuario cuatro líneas que limitan el espacio visible en las imágenes, se acecha el instante en que el animal atraviesa ese campo. Con tal que este paso no dure menos de un segundo, es fácil recoger una serie de 20 ó 30 imágenes, lo que basta, por regla general, para recoger las fases del movimiento (1).

La medusa (fig. 28) es de fácil estudio: la transparencia de sus órganos hace que la silueta muestre algunos detalles de los órganos interiores.

Por medio de un palo introducido en el acuario se lleva a la medusa al campo adonde está asestado el objetivo, y entonces se ve cómo su cuerpo ejecuta contracciones y aflojamientos alternativos: estos movimientos expelen cada vez cierto volumen de agua, y por la reacción propulsan al animal en sentido inverso. Si la medusa está orientada verticalmente, la propulsión se hace de abajo arriba y el animal se eleva; si está inclinada horizontalmente, la propulsión se efectúa en sentido horizontal, como sucede en la fig. 28, en la cual la medusa nada alejándose del observador. Esta disposición permite ver cómo las franjas que bordean el cuerpo de la medusa se encogen sucesivamente hacia adentro ó hacia afuera siguiendo los movimientos del agua alternativamente aspirada y expelida.

La comátula presenta un modo de locomoción muy curioso. Fijada generalmente sobre algún apoyo sólido, como una flor en la rama que la sostiene, eje-

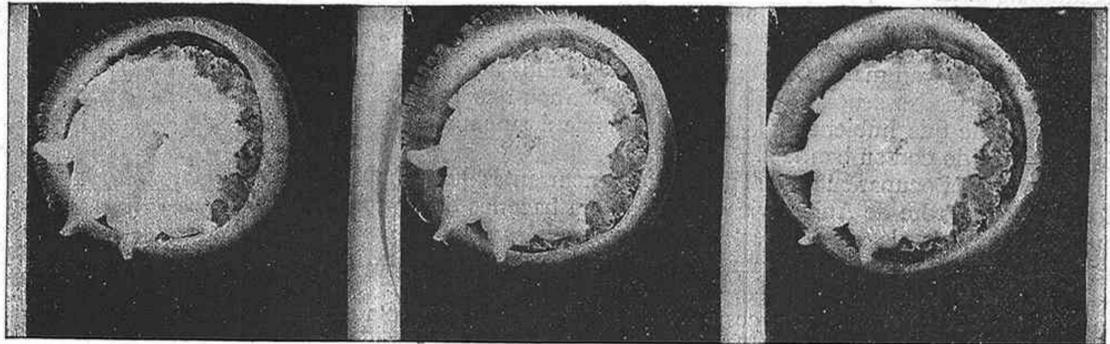


Fig. 28. Medusa que anda horizontalmente apartándose del aparato (imagen negativa)

multitud de medios de propulsión que el hombre no ha empleado nunca y cuya imitación podrá intentarse con ventaja.

Sin pretender enumerar todas los varios modos de progresión que se observan en los seres acuáticos, pueden citarse los siguientes:

Progresión por reacción cuando el animal proyecta un chorro de líquido: pulpo, medusa, larvas de ciertos insectos, moluscos bivalvos;

Proyección por medio de órganos que encuentran una resistencia desigual en las dos fases de su movimiento: comátulas, crustáceos, etc.;

Progresión por efecto de una onda que se propaga a lo largo del cuerpo en sentido inverso a la traslación del animal: anguila y peces prolongados;

Progresión por choques alternativos de una paleta flexible: carinaria, aleta caudal de la mayor parte de los peces.

La invención del acuario ha permitido estudiar los diversos tipos de la locomoción acuática. Pero en estos, como en los demás movimientos de los animales, el ojo humano es á menudo incapaz de seguir las fases de estos actos rápidos y complicados.

cuta con sus brazos movimientos oscuros y muy lentos; pero si se la separa de dicho punto de apoyo y si se la irrita con un bastón, se la ve, al cabo de algún tiempo, agitar sus brazos con movimiento rápido, que tiene por efecto transportar al animal lejos de los contactos importantes. Lo propio que en la medusa, la traslación se verifica en la comátula en el sentido del eje del cuerpo: si la comátula inclina oblicuamente su cáliz, se transporta oblicuamente. El mecanismo de la propulsión es el siguiente: de los diez brazos de la comátula hay siempre cinco que se levantan y cinco que se bajan. Dos brazos consecutivos están animados de movimientos contrarios: los que se levantan se acercan al eje del cuerpo y los que se bajan se apartan de él. Finalmente, durante la fase de elevación de cada miembro los cirros son invisibles, pues la resistencia del agua los pega al brazo en que están implantados; en la fase descendente, por el contrario, se apartan y encuentran en el agua una resistencia que sirve de punto de apoyo para la locomoción del animal.

La anguila y los peces que tienen análoga estructura progresan por efecto de un movimiento de on-



Fig. 29. Marcha cuadrúpeda de una tortuga que nada hacia arriba

Veamos qué resultado nos han dado las primeras tentativas de aplicación de la cronofotografía en esta materia todavía poco conocida.

Los modos de operar varían mucho según las circunstancias.

En los casos más sencillos se asesta el objetivo a un acuario transparente incrustado en la pared de

dulación del cuerpo, propagándose esta onda desde la cabeza hasta la cola. En nuestros experimentos nos ha parecido que esos animales cuando quieren andar hacia atrás dan a su movimiento ondulado una

(1) Como las dimensiones de las páginas no nos consienten representar series tan largas, sólo podemos reproducir algunas muestras incompletas de estas imágenes.

dirección contraria, es decir, que la onda va de la cola á la cabeza; pero este movimiento es difícil de provocar y todavía no hemos podido fijarlo por medio de la cronofotografía.

Las tortugas acuáticas ofrecen diferentes modos de natación: unas veces es una especie de marcha cuadrúpeda con asociación diagonal del movimiento de

los miembros, como el trote de un animal. Esta manera de moverse es la que representa la figura 29. En las especies exclusivamente marinas, las patas afectan la forma de aletas, ó mejor de alas rudimentarias, y los movimientos de los miembros anteriores son algunas veces simétricos como los de las alas de un pájaro, de lo cual resulta una especie de vuelo en el

agua análogo al de los pájaros bobos. Este género de locomoción, que no hemos tenido todavía ocasión de estudiar por medio de la cronofotografía, aproxima, por las analogías funcionales, á los quelonios y á los pájaros por sus caracteres morfológicos.

(Continuará)

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

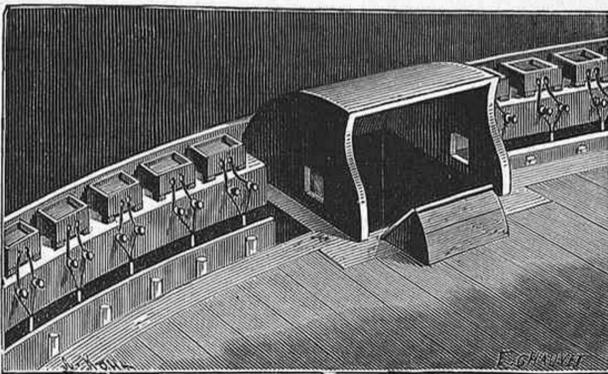
GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y

esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesanos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **SIN BARRAL**
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA **DE LABARRE** DEL DR. **DE LABARRE**

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEE ASOLEADA
GARPUILLIDOS, TEE BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 LAFAYE et Co. 24, Rue de la Harpe, 12

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Pasado: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se cavian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LIQOR LAVILLE GOTA
REUMATISMOS
 Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Graageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Graageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{is} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
 Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
 etc., etc.
 Exigase la firma y el sello de garantia.
PARIS
 40, rue Bonaparte, 40

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la **Energia vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
 El mejor y mas célebre polvo de tocador
 por **Ch. Fay**, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, por don León Bonel y Sánchez. - Hemos recibido la entrega 8.ª de esta importante publicación, que contiene en su sección doctrinal *El sistema hipotecario Torrens*, por D. Buenaventura Agulló; *Del suplemento de legítimas* y una parte de la notable Memoria leída por D. Carlos Soldevila en la Academia de Derecho de esta ciudad acerca del libro IV del Código Civil, siendo también interesantes las materias que comprenden las secciones legal (Reglamento para la ejecución de la Ley Hipotecaria), jurisprudencia (Sentencias de la Audiencia de Barcelona y decisiones de la Dirección de Registros), cuestiones forales (continuación del fuero de Navarra) y adicional.

Suscríbese en la Administración, Fontanella, 44, por 12 entregas, al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Entrega suelta, una peseta.

PÁGINAS INFANTILES, por niños de 10 á 11 años. - El ilustrado profesor madrileño D. Angel Bueno continúa en este libro el sistema con tanto acierto y éxito iniciado en *Escrituras libres* y *Excursiones escolares*, que tan buen fruto da en la pedagogía moderna, es decir, educar al niño mediante su conocimiento y conocerle en virtud de su propia obra. *Páginas infantiles* es una colección de narraciones interesantes escritas por niños educandos del Sr. Bueno, que merecen ser leídas: la obra ha sido editada en Plasencia por J. Hontiveros y se vende al precio de una peseta.

CRÓNICAS DE ORTIGUEIRA, por D. Federico Maciñeira y Pardo. - En tiempos como los actuales, en que tan poco recompensados son por regla general los hombres que se dedican á estudios verdaderamente serios, merece entusiasta aplauso el distinguido escritor gallego Sr. Maciñeira, que ha consagrado su talento y su actividad á la historia de una región de Galicia, no por abandonada menos importante, reuniendo en su libro multitud de datos curiosos y nuevos y documentos inéditos copiados del Archivo general de Simancas, del de Galicia, del de la Delegación de Hacienda de la Coruña y del Municipal de Ortigueira. Los seis artículos del libro que nos ocupa son á cual más interesantes y constituyen otras tantas páginas memorables de la historia de España. *Crónicas de Ortigueira* forma un tomo de 332 páginas, impreso en la Coruña, tipografía de *La Voz de Galicia*.



MISS JULIA NEILSON, CÉLEBRE ACTRIZ INGLESA EN EL PAPEL DE «HYPATIA»

APUNTES. HISTORIA DE VARIAS CURACIONES DE TUBERCULOSIS Y DE CÁNCER, por el doctor A. Romeo Mártaro. - Folleto en que el autor, después de ocuparse detenidamente de la evolución que ha causado en el estudio de muchas enfermedades la aplicación del microscopio, á la que en su sentir dan exagerada importancia ciertas escuelas médicas, enumera varios casos prácticos de curación de la tisis lograda por él con una linfa extraída del carnero y preparada de un modo sólo del autor conocido. Asimismo enumera algunas curaciones del cáncer obtenidas con un preparado arsenical de su invención. El íntimo convencimiento que el Doctor Mártaro abriga acerca de la indudable eficacia de sus específicos se refleja en todas las páginas del opúsculo.

LOS HÉROES, por Tomás Carlyle, traducido por D. Julián G. Orbon: segundo tomo. - Nada hemos de decir en encomio de esta obra, pues además de ser de las que por sí solas se alaban, dada la justa fama del eminente pensador inglés Carlyle, algo nos ocupamos de ella al dar cuenta de la aparición del primer tomo de la misma. En el hermoso prólogo que encabeza este segundo tomo dice el sabio escritor y profundo crítico D. Leopoldo Alas (*Clarín*): «Con toda sinceridad declaro que uno de los libros, de cuantos he leído en mi vida, que más efecto han producido en mi ánimo y en mi pensamiento, es éste de *Los Héroes*, de Carlyle.» Después de esto, sólo diremos que la traducción merece especial elogio. Constituye este tomo el segundo volumen de la Biblioteca selecta anglo-alemana que con tanto éxito publica en Madrid D. Manuel Fernández Lasanta y se vende en las principales librerías á 2 pesetas.

COLECCIÓN DE CUADROS, de Emili Vilanova. - Nadie como Vilanova ha acertado en pintar en cuadritos ligeros, tipos, escenas y costumbres de nuestras clases media y baja, y nadie le aventaja en el uso de ese lenguaje peculiar de nuestro pueblo, lleno de gracia y con sus toques de filosofía, no por lo llana y sencilla menos digna de atención y estudio. Sus cuadros de costumbres son verdaderas joyas de nuestra literatura genuinamente catalana, y si por su forma excitan la placida sonrisa ó la franca carcajada, hay en su fondo algo y aun algo que da qué pensar y hace sentir. La *Biblioteca popular catalana* ha coleccionado alguno de estos trabajos en el segundo de sus volúmenes, que no dudamos tendrá completo éxito, dada su bondad y baratura, y que se vende en la dirección y administración (Muntaner, 10, Barcelona) y en las principales librerías á 50 céntimos de peseta.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. - La caja: 1 fr. 80.

JARABE DEL DR. FORGET
contra las Tosmas, Tos, Crisis nerviosas é Insonias. El **JARABE FORGET** es un calmante conocido desde 30 años. - En la Farmacia de 8, rue Bergère, Paris (antiguamente 36, rue Vivienne).

APIOL
de los D^{rs} JORET & HOMOLLE
El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{rs} JORET y HOMOLLE.
MEDALLAS Exp^o Univ^o LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far^o BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Querido enfermo. - Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán el apetito y le devolverán el sueño y la alegría. - Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y miles de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN